

LA SEÑAL DEL FIN

CLARK CARRADOS

La señal del fin
Clark Carrados

Espacio el Mundo Futuro/321

CAPÍTULO I

El profesor Dahlgren —cabellos blancos y alborotados, ojos penetrantes, nariz aguileña, rostro huesudo y complexión casi esquelética— no parecía sentirse demasiado impresionado por lo escaso de su auditorio.

—El fin se acerca —tronó, provocando el desasosiego en una señora gorda que había acudido a la conferencia porque allí se estaba muy calentito—. A cada día que transcurre, estamos más cerca del fin.

»Y más ciegos, porque lo vemos y cerramos los ojos para no darnos cuenta de su terrible proximidad. Yo —se golpeó el pecho con gesto melodramático—, Axel Dahlgren, lo afirmo. El fin está ahí. Y la señal que lo anuncia, pronto será vista por todo el mundo.

—El tipo éste nos va a recitar el Apocalipsis —rezongó Simón Ling al oído de Jerry Ulton, periodista.

Jerry sonrió, mientras el profesor continuaba su tremebunda perorata.

—¿Cómo es que el fin está tan cerca, si todo anuncia lo contrario?, se preguntarán ustedes. He ahí una pregunta llena de lógica, damas y caballeros, que yo voy a responder del mejor modo posible. Escuchen con atención.

Siguió diciendo:

»Una sociedad secreta, de terribles objetivos, está infiltrándose en los puestos claves de la sociedad. En apariencia, sus fines no pueden ser más benéficos, pero, en realidad, lo que pretenden es nada menos que dominar el mundo, la Humanidad, en una palabra.

»Siempre han existido sociedades secretas. Los Rosacruces, la Masonería, la Mafia, el Ku—Klux—Klan… incluso han llegado a dominar y a influir a su antojo naciones enteras,

»Pero ahora ya no se trata de una sola nación, sino de la humanidad entera, de los seis mil quinientos millones de seres que poblamos el planeta en este año del Señor de 2010... seis mil quinientos millones de personas que corren el peligro de caer bajo el dominio bestial, aterrador y devastadoramente abusivo de unos pocos.

»Y yo estoy aquí para anunciar la señal del fin que vendrá, si no unimos nuestras fuerzas para luchar contra esos miserables que quieren esclavizarnos.

»Tengo pruebas de ello. He dedicado largos años a la investigación y sé bien que lo que afirmo no es una fantasía, producto de una mente febril, como pudiera creerse. Por supuesto, han sido los que más han colaborado para llegar al estado actual, en que todas las naciones han depuesto su soberanía y sólo hay un gobierno para todos los ciudadanos del mundo: La Asamblea de Pueblos de la Tierra.

»Pero una vez que se ha logrado esa ansiada unificación, luchan para hacerse con los puestos clave, con los resortes del poder. Y lo están consiguiendo. Dentro de pocos años, lo habrán conseguido totalmente.

»Entonces, nuestro fin habrá llegado porque habremos perdido la libertad.

»Lenta, pero insidiosamente, empezarán a modificar leyes, a cambiar costumbres, a variar los hábitos... Y llegará el momento sin darnos cuenta, en que sólo pensemos y obremos como ellos lo quieren. En suma, seremos sus esclavos y obedeceremos sus menores caprichos. Dictarán las leyes a su antojo y nosotros las cumpliremos con borreguil docilidad.

»¡El momento se acerca! —tronó una vez más el profesor Dahlgren paseando su colérica mirada por la reducida concurrencia.

—El tipo ese nos está contando una de miedo —dijo el periodista a su amigo Ulton, hablando sólo con la comisura de los labios.

—Pero no dirás que el relato carece de interés —contestó Jerry, de buen humor.

—Creo que no publicaré una sola línea del asunto —contestó el otro—. ¿Y tú?

—Ya veremos —respondió Jerry con cautela—. Escucha,

Dahlgren continúa hablando.

—¿Son terrestres? —se preguntó el profesor—. ¿Vinieron de otro mundo hace millares de años y han estado aguardando con paciencia su ocasión? ¡Qué importa eso, si son seres iguales a nosotros... como usted y usted... y usted también, señora, porque también hay mujeres entre ellos...!

El huesudo índice del profesor Dahlgren apuntaba a la señora gorda que se había refugiado en la sala a causa de la lluvia. La señora gorda pegó un salto en su asiento, terriblemente asustada por las tonantes palabras del profesor, y empezó a lamentarse a su vecino de no haber tomado un helitaxi para regresar cuanto antes a su casa.

—Terrestres o no —siguió Dahlgren—, importa poco. Están aquí, mezclados entre nosotros y, so capa de procuramos una felicidad terrenal sin límites, sólo buscan su provecho personal, el provecho que da la utilización y el empleo del poder sin límites, absoluto, total.

»Pero ¿cuál es la señal que anuncia el fin?

»Lo sabrán en seguida, damas y caballeros.

»Se trata de un signo cuyo rastro más antiguo fue descubierto en Transilvania, al final de la época de la piedra pulimentada. Se encuentra otra vez en distintos sitios del globo catorce siglos antes de Jesucristo y hasta en las ruinas de Troya. Aparece después en la India, .en el siglo IV antes de J.C., y en la China, novecientos años más tarde. Un siglo después, surge en el Japón, en el momento de la introducción del budismo, que hace de dicho signo su emblema.

»Hay que hacer una anotación importante: ese signo no ha sido observado o sólo en contadísimas ocasiones en la región semítica, es decir, en las antiguas Caldea, Asiría y Fenicia. Pero vuelve a verse en una región europea, en piedras que datan de cinco o seis siglos, en los muros de los edificios de algunos caseríos vascongados, sin que su origen se conozca con exactitud.

»Más tarde, la última zarina introdujo ese emblema en su corte. Se dice que, antes de su ejecución, la zarina dibujó en los muros de su encierro una señal semejante. La inscripción fue fotografiada y borrada después precipitadamente. La fotografía acabó por perderse y su poseedor murió asesinado en circunstancias aún hoy no esclarecidas.

»En 1891, Ernest Krauss llamó la atención de los alemanes acerca de este signo, de procedencia exclusivamente aria. En 1908, Guido List la describió como símbolo de la pureza de sangre. En fin, años después, con color negro, sobre un disco blanco rodeado de rojo, aparece como insignia de un partido que sumió al mundo en la más horrenda de las guerras.

Dahlgren hizo una pausa, a fin de acentuar el énfasis dramático de sus palabras.

—Ahora, ha cambiado de colores, pero su forma y significado son idénticos. Para «ellos», es decir, para quienes la han adoptado como emblema, sigue siendo el símbolo de poder absoluto, a cuya cima se acercan con silenciosa e inadvertible rapidez. Para nosotros, es el emblema del fin. ¡Aquí está!

Con rápido ademán, Dahlgren se volvió y tiró de un cordón, dejando al descubierto algo que hasta entonces había estado oculto por una cortina. Era una especie de escudo de seda, de brillante metal color gris acero, en cuyo centro había un disco de un siniestro negro, fúnebre y estremecedor. En el centro del círculo negro, brillaba refulgentemente una cruz gamada de oro.

—Esos tres colores —anunció Dahlgren, ante el asombro de la estupefacta concurrencia—, simbolizan, para «ellos», las tres armas que emplearán, caso de ser necesario, para reducimos a una total, absoluta y abyecta obediencia. El amarillo significa tanto la mentira como el oro que emplearán para corromper nuestras conciencias. El negro, la muerte, la sangre que se verterá de aquellos que se resistan a obedecer y, en fin, el gris acero, el hierro que usarán para reducirnos: armas y máquinas, la fuerza y la tecnocracia.

»Ésta es la señal del fin —volvió a tronar—. Y si no borramos de la faz de la Tierra a quienes la utilizan, nosotros seremos los exterminados, no físicamente, sino síquicamente, que es mil veces peor. La señal ha sido vista. Acordaos de ella y obrad en consecuencia.

Ninguno de los presentes aplaudió; todos estaban demasiado impresionados por cuanto acababan de escuchar. Hasta el escéptico periodista amigo de Jerry Ulton había cesado en sus mordaces observaciones.

—Estoy dispuesto a contestar las preguntas que quieran formularme —invitó el profesor.

Dos o tres espectadores se levantaron y preguntaron sobre distintos puntos tratados en la conferencia, a lo que el profesor contestó en debida forma, sin un solo titubeo. Entonces, el periodista amigo de Jerry quiso hacer una gracia.

Se puso en pie y exclamó:

—Profesor, ¿tocarán la trompeta para avisarnos?

Los ojos de Dahlgren centellearon al escuchar las insolentes palabras del periodista.

—Esa trompeta, hace ya millares de años que sonó. Y aunque no la oímos, su sonido no se ha extinguido todavía.

—¡Qué lástima de una buena grabación en microsurco! —rió el desvergonzado periodista, provocando con su intervención dos o tres carcajadas. Tampoco había ya muchos más espectadores; la mayoría habían desfilado.

El profesor estuvo a punto de soltar una barbaridad. No obstante, supo contenerse. Recogió sus documentos, arrancó de un tirón la tela pintada con el emblema fatídico, la plegó y, junto con los papeles, lo guardó todo en una voluminosa cartera de mano. Después, abandonó el estrado, mientras un aburrido conserje empezaba a apagar las luces de la sala.

Una hora más tarde, el profesor Dahlgren era asesinado. Su matador tomó la cartera y desapareció en las tinieblas, sin que nadie le hubiese visto cometer su crimen.

Ignorantes en aquellos momentos de lo que había sucedido, los dos periodistas tomaron una taza de café en un bar próximo.

—¿Qué piensas decir tú, Jerry? —preguntó su amigo Ling.

—¿Y tú, Simón?

—¿Yo? Nada, muchacho; tengo demasiado aprecio a mi empleo para arriesgármelo por una tontería semejante. ¿Escribirás tú algo?

Jerry Ulton se frotó la mandíbula. El profesor Dahlgren le había parecido un chiflado como había visto y oído a muchos conferenciantes, por desgracia suya, en su no demasiado extensa vida, de periodista. Pero había algo en sus palabras que le había impresionado profundamente, aunque no hubiera sabido definir con exactitud qué era. ¿Acaso el siniestro escudo, oro, negro y gris metal?

Las sociedades secretas, pese a sus aparentes buenos fines, nunca habían tenido buena fama. ¿Por qué no iba a existir, ahora que

todos los hombres tenían un gobierno común, una Mafia a escala terrestre?

Amarillo, de la mentira y el dinero; negro, de la muerte; gris metal, de las armas y las máquinas...

La «Señal del Fin».

—Vamos, chico, ¿te has dormido? ¿Qué me contestas? —preguntó su amigo, impaciente.

—Lo pensaré despacio —respondió Jerry Ulton con lacónica cautela.

CAPÍTULO II

El cargo de director del periódico para el que trabajaba Jerry Ulton lo ocupaba Ulysses Coratti. Cuando se veía a Coratti por primera vez, se tenía la impresión de hallarse ante un tonto, pero, como decían los redactores del diario, «tonto era el que creía que Ulysses Coratti era un tonto». Por ello, al día siguiente, Jerry creyó que su director le llamaba para decirle que, en efecto, no era ningún tonto.

—He leído su reportaje sobre la conferencia del profesor Dahlgren, señor Ulton —dijo Coratti sin más preámbulos.

—¿Y...? —murmuró el joven con cierta ansiedad.

—Técnicamente, es una información magnífica. Le felicito, Ulton.

—Gracias, director.

—Pero es una lástima que no podamos publicar completa una cosa semejante. El «Trumpet» no tiene ganas de recibir un aluvión de cartas de lectores que protesten porque hemos pensado que son tontos al servirles una reseña semejante.

—Yo me he limitado a resumir, no demasiado, es cierto, lo que habló el profesor Dahlgren, director —protestó el joven.

—Ya, ya —convino Coratti amablemente—. Me lo imagino muy bien. Pero una cosa es oírselo decir al propio interesado y otra es servirlo en letra de molde a doce millones de lectores, aparte de los veintitrés millones que tienen contratado el servicio del periódico telefilmado a domicilio. El Departamento de Correos no dispondría de suficientes empleados para remitirnos todas las cartas de

protesta que recibiríamos.

—Entonces, ¿qué digo?

Coratti hizo un gesto displicente.

—Cuatro líneas, querido Ulton. Algo así como: «Ayer, el profesor Axel Dahlgren disertó sobre la historia de las sociedades secretas... Asistió un numeroso público que llenaba por completo el local de la conferencia y que, al final, aplaudió entusiasmado al orador.» Con eso habrá más que suficiente y nadie, ni aun el propio Dahlgren, podrá sentirse ofendido —Coratti sonrió—. Máxime, cuando sólo asistieron tres docenas de personas, una señora gorda que se había refugiado allí a causa de la lluvia y su amigo Simón Ling y usted.

Resignado, Jerry hizo ademán de tomar las cuartillas. Pero Coratti las rompió en dos pedazos y las arrojó a la papelera.

—No se moleste, Ulton —sonrió—. Ahora, vaya y redacte esa nota. Después, tendrá que entrevistar a Rosa Waldemar, la famosa estrella de tridimensional. Ya hemos concertado con ella la hora de la entrevista y está dispuesta a recibirle a usted. Vaya, Ulton, vaya.

Jerry salió del despacho del director, pareciéndole que sentía en la boca el amargo sabor de una manzana del Mar Muerto. Al fin, lanzando un suspiro, se sentó ante su mesa, tomó un pequeño micrófono, dio un toquecito al interruptor y empezó a dictar la nota a la máquina audiógrafa, Las teclas escribieron rápidamente, a medida que hablaba. Cuando terminó, tomó la cuartilla, leyó la media docena de líneas impresas y trazó al pie sus iniciales. Arrojó la cuartilla por una ranura, presionó un botón, tomó su sombrero y se marchó en busca del fotógrafo que le habría de acompañar a la entrevista con Rosa Waldemar.

La artista resultó ser una mujer despampanante, apta, por supuesto, para los programas de estéreo en la TV, pero con el cerebro de un mosquito. Jerry salió poco menos que asqueado de la entrevista; al llegar a la calle, despidió al fotógrafo, quien parecía haberse contagiado de la estupidez de la artista.

Se metió en un bar y pidió una copa. El mal sabor de boca era metafórico, pero Jerry necesitaba quitarlo con algo. Casi sobre su cabeza, un locutor desgranaba con voz monótona unas cuantas noticias desprovistas de interés.

De repente, oyó algo que le hizo aguzar los oídos.

—Anoche, y a consecuencia de un ataque cardíaco, falleció el

profesor Axel Dahlgren, eminente historiógrafo, autor de numerosos libros...

¡Dahlgren, muerto!

Lo primero que se le ocurrió fue que el ataque cardíaco sólo había sido una trampa para encubrir el asesinato de un hombre que decía saberlo todo sobre aquella sociedad secreta que estaba a punto de dominar la Tierra. Luego, casi en seguida, desechó la idea. El corazón podía fallarle a cualquiera... pero, ¿por qué, precisamente a Dahlgren?

Y más, recién pronunciada la conferencia, cuyo contenido tanta impresión le había causado.

La duda empezó a roer su ánimo.

* * *

Los funerales terminaron. Las notas de la última plegaria se desvanecieron con los últimos acordes del órgano. Los escasos asistentes, reiteraron sus condolencias a la mujer vestida de negro que había figurado en lugar preeminente durante la ceremonia. El espeso velo que cubría su cabeza impedía contemplar sus facciones. No obstante, se la veía joven y esbelta.

Jerry Ulton asistió a la ceremonia, situado en un discreto rincón del templo. Dejó que los asistentes salieran a la calle y huyeran casi precipitadamente, como alejándose del fúnebre ambiente, en busca del radiante sol que había sustituido a los grises celajes de días anteriores.

La mujer enlutada salió a la calle, acompañada por el sacerdote que había oficiado en la ceremonia. Se despidió de él y montó en su coche, desapareciendo en pocos segundos.

Jerry la siguió, hasta llegar a una villa situada en las afueras de la gran ciudad. Detuvo su coche a poca distancia y esperó a que la joven hubiese penetrado en la casa. Entonces se apeó del vehículo y caminó rápidamente.

Atravesó el pequeño jardín, subió dos escalones y tocó el timbre de llamada. Segundos después, se abría la puerta, y una joven, de pálida belleza, ojos claros y cabellos castaños, aparecía ante sus ojos.

—¿Tengo el honor de hablar con la señorita Amathyst Dahlgren?

—preguntó.

Ya se había enterado previamente del nombre y alguna otra característica de la joven hija del profesor fallecido.

—En efecto —contestó ella con voz suave, de graves y cálidas modulaciones—. Soy Amathyst Dahlgren.

—Me llamo Ulton, Jerry Ulton, del «Trumpet». Desearía hablar unos momentos con usted, señorita.

—Un periodista —murmuró la joven cuya edad cifró Jerry en no más allá de veintitrés o veinticuatro años—. Bien, ¿qué es lo que desea usted? No me gustaría —añadió Amathyst— verme expuesta a la curiosidad pública de un modo morboso y despiadado.

—Mi visita tiene carácter casi particular. Deseo hablar con usted acerca de cierta conferencia que pronunció su padre el mismo día de su muerte...

Observó que el rostro de Amathyst se demudaba más todavía, y se calló.

—Excúseme, señorita —murmuró en tono contrito—, no me di cuenta de que estos días no son los más a propósito para reavivar en usted el dolor de la irreparable pérdida que ha sufrido y que lamento con toda el alma.

—Gracias —contestó la bella joven, esforzándose por componer una sonrisa—. Pero no sirve de nada refugiarse en el pasado. Dijo que su visita tenía carácter casi particular. ¿Por qué ese «casi» siendo usted periodista?

—Si obtengo de usted declaraciones y no quiere que sean publicadas, no lo serán —respondió él, mirándola a los ojos—. Ese es el significado de mi frase, señorita Dahlgren.

Amathyst trató de analizar las palabras del joven. Le miró de frente y estudió su rostro, franco, despejado, de agradables rasgos varoniles. Le pareció que era un hombre en quien podía confiarse.

—Muy bien —accedió al cabo—. Me imagino cuál es el tema que va a mencionar en su entrevista. Y supongo también que usted posee una buena dosis de escepticismo acerca del mismo.

—No diría verdad si le dijera que creí, a pies juntillas, cuanto dijo su padre. Pero estimo que es posible que haya un fondo de verdad en las palabras que pronunció.

—Fondo de verdad —repitió ella. De pronto, invitó—: Venga conmigo, señor Ulton.

Amathyst giró sobre sus talones y echó a andar hacia el interior de la casa. Jerry la siguió, atravesando un pequeño vestíbulo hasta llegar a un saloncito de estar, el cual aparecía por completo revuelto. Incluso algunos muebles se veían volcados y hasta el forro de los asientos había sido rajado y desventrado a cuchilladas. El joven se detuvo atónito bajo el dintel de la puerta.

—¡Dios mío! —exclamó, atónito—. ¿Qué ha pasado aquí?

—El resto de la casa, en especial el despacho donde mi padre solía trabajar, se halla, más o menos, de una forma muy parecida —contestó ella—. Aprovechando mi ausencia, registraron todo de la forma tan salvaje y desconsiderada que usted puede apreciar.

—Pero ¿por qué? ¿Quién? —preguntó Jerry, sin salir aún de su asombro.

Los azules ojos de la muchacha le contemplaron con firme expresión.

—Ambas preguntas tienen fácil respuesta, señor Ulton —manifestó—. Los motivos de esta salvajada pueden explicarse diciendo que quienes la cometieron buscaban unos documentos que mi padre había conseguido reunir a lo largo de años de tenaces y pacientes investigaciones. Y en cuanto a su identidad, aunque desconocida por el momento, no es otra que la de los que le asesinaron.

—¡Asesinado! —Sus sospechas empezaron a tomar cuerpo, aunque, por el momento, prefirió no manifestarlo—. ¿Puede usted demostrarlo? ¿Tiene alguna prueba?

—Él no había padecido jamás del corazón —afirmó la muchacha con decisión—. Precisamente, tres semanas, antes le habían hecho el examen médico al que se sometía cada año y el resultado fue completamente favorable, sobre todo su corazón funcionaba a la perfección. El electrocardiograma no había revelado ninguna perturbación susceptible de establecer una medicación inmediata. Para sus sesenta y siete años, su estado físico era excepcional.

—Me imagino —dijo Jerry despacio—, que al ser hallado en la vía pública, porque así ocurrió, los servicios forenses practicarían la autopsia a su cuerpo.

Amathyst se estremeció. Cerró los ojos un momento.

—Sí, así fue. El informe fue emitido en el sentido de que murió víctima de un fallo cardíaco. Pero no hay tal; usted sabe que existen

drogas capaces de provocar la paralización repentina del corazón, sin dejar rastro en el organismo y engañando luego al más experto.

—En tal caso, ¿cómo le fue administrada la droga, señorita?

—Eso es lo que ignoro, señor Ulton. No tengo medio de probar mis palabras, ya que sé que nadie me haría caso. Sin embargo, para que se convenza de que no hablo por despecho o que me gustan las historias fantásticas, le diré que su portafolios, el que llevó a la conferencia, no ha sido hallado. Cuando encontraron su cuerpo, la cartera había desaparecido.

Jerry miró a la muchacha con asombro. Recordaba el detalle; Dahlgren había guardado los papeles de su conferencia y el escudo de seda junto con la cartera, que luego había llevado pendiente por el asa.

—Sí, vi su portafolios. Creo recordar que era negro con cantoneras doradas.

—Cierto. Se lo regalé yo en su último cumpleaños. Ese portafolios ha desaparecido con todo lo que contenía en su interior. Y nadie ha sabido facilitarme el menor indicio acerca de su paradero. Sencillamente, no ha sido visto. Excepto por aquel o aquellos que se lo llevaron después de asesinarle.

Jerry se pellizcó el labio inferior, con gesto muy pensativo. Al mismo tiempo, paseó la mirada en torno suyo, contemplando el espantoso desorden en que los intrusos habían dejado la estancia.

—Bien —dijo ella—, ¿qué es lo que piensa hacer usted, señor Ulton? ¿Desea seguir la entrevista? ¿Escribirá algo para el «Trumpet»?

Jerry reflexionó durante algunos instantes. Sí, había allí una magnífica historia para su periódico, un reportaje que el público leería con avidez. Pero, al mismo tiempo, se acordó, sin saber exactamente por qué, de la untuosa reticencia de su director, Ulysses Coratti.

—Por ahora —resolvió al cabo—, no diré nada, señorita Dahlgren. De todas formas, deseo su permiso para practicar algunas discretas investigaciones sobre este desagradable asunto y, en caso preciso, publicaría una buena información que, por supuesto, sometería primero a su aprobación.

—Usted parece un periodista sensato —concedió ella con leve sonrisa—. Gracias por su actitud, señor Ulton.

—Lo que habló su padre me impresionó bastante, ésta es la verdad —confesó él. Volvió a mirar la habitación desordenada—. Pero ¿qué era lo que buscaban esos individuos?

—No puedo asegurarlo todavía, aunque empiezo a imaginármelo.

—¿Puede decírmelo? —suplicó él—. Le prometo que no escribiré nada sin su permiso.

—Está bien: supongo que buscaban el resumen de largos años de trabajos. En una palabra, las pruebas de la existencia de esa sociedad secreta que aspira a dominar la Humanidad.

—¿Le habla dado su padre algún nombre? —preguntó Jerry.

—ÉI solía llamarla Sociedad de los Tres Colores. También de las Tres Armas, por los métodos que emplea para lograr sus fines. Si asistió a la conferencia, pudo ver el emblema de la sociedad.

—Sí —asintió él, meditabundo—. La S.T.A. podría ser un anagrama adecuado. Pero ahora, dígame, señorita Dahlgren, personalmente, ¿cree usted en la existencia de esa hipotética S.T.A.?

Los ojos de la muchacha brillaron de pronto.

—En los últimos años, trabajé junto a mi padre, poniendo en orden sus anotaciones y pasando a limpio sus manuscritos. Si ha leído a Huxley en su «Un Mundo Feliz» o a George Orwell en «1984», podrá tener una imagen, siquiera sea pálida, de lo que nos aguarda si la S.T.A. alcanza, al fin, sus siniestros propósitos. Por otra parte —agregó en tono algo más ligero—, las pruebas están a la vista, señor Ulton.

Jerry paseó la mirada por la devastada habitación.

—Si me lo permite, me gustaría ayudarle a reparar todo este desorden, señorita Dahlgren.

—Acepto la ayuda de muy buena gana —manifestó ella, sin reticencia alguna.

CAPÍTULO III

Fueron varias horas de trabajo duro y fatigoso. Sobre todo, el despacho de trabajo del difunto profesor estaba convertido prácticamente en una ruina. Hasta las patas de los muebles habían sido destrozadas a hachazos, lo que demostraba el interés que los

asaltantes habían tenido en la búsqueda de los documentos que había mencionado Amathyst.

Por fin, todo quedó terminado, aunque muchos de los muebles sólo servían ya para ser empleados como combustible en la chimenea del salón. Al concluir su labor, Amathyst invitó al joven a tomar un poco de café para reponer las fuerzas, invitación que Jerry aceptó de muy buena gana.

Amathyst añadió unas pastas y dulces al café. Cuando terminaron, le obsequió también con cigarrillos.

Entonces, Jerry dijo:

—Los asaltantes no han encontrado los documentos que tanto buscaban.

—¿Por qué lo afirma usted?

—El desorden en que encontramos la casa lo prueba. Si los hubiesen hallado en el despacho, no habrían necesitado revolver todo de arriba abajo. Incluso, recuérdelo, destrozaron por completo la mesa de trabajo.

Amathyst le dirigió una larga e indescifrable mirada.

—Sí, es cierto. No los han encontrado —de repente, añadió—: Lo malo es que ni yo misma sé dónde están.

—¡Eh! —Jerry pegó un respingo—. ¿Es posible eso?

Ella movió la cabeza un par de veces.

—Sí. En los últimos tiempos, mi padre trabajaba ya solo. Ni siquiera me enseñaba los frutos de su labor, ni me daba los borradores para pasarlos en limpio. Incluso el volumen que había compuesto lo guardaba él celosamente y, supongo, añadió a dicho libro los resultados de sus últimas observaciones.

—Tendríamos que suponer, en tal caso, que su padre previó el peligro y que quiso precaverse contra un posible atentado, escondiendo dichos documentos en un lugar que usted ignorara.

—Es lo más probable, señor Ulton —convino Amathyst.

Jerry se recostó en el diván, sumamente pensativo.

—No hay duda de que la S.T.A. existe, aunque quizá —no se ofenda por ello— su padre exageró un tanto la nota. Ahora bien, si esos documentos no están en casa, ¿dónde pudo guardarlos?

La muchacha contestó:

—No tengo la menor idea, se lo confieso.

—Usted trabajó con él, conocía sus costumbres, señorita

Dahlgren. Sería muy conveniente que se esforzase en ir recordando, poco a poco, algunos actos realizados en los últimos tiempos que pudieran salirse de lo habitual. Tal vez así podríamos llegar a una conclusión acerca del lugar dónde están escondidos esos documentos.

—Lo intentaré —contestó ella, sonriendo desanimada—. Aunque, a decir verdad, no tengo ninguna esperanza. A veces, pienso si no fueron esas desdichadas investigaciones las que tuvieron la culpa de la muerte de mi padre. Entonces, sería mejor abandonarlo todo…

—¿Y permitir que la S.T.A. alcanzase sus siniestros fines?

Ella le miró fijamente. Su busto, de suaves curvas con la madurez de su plenitud física, palpitó con cierta agitación.

—No lo sé todavía. Aún me encuentro aturdida… el golpe ha sido demasiado fuerte para mí, compréndalo. Necesito serenarme, reposar todas mis ideas…

Jerry se puso en pie.

—Es lógico, señorita Dahlgren. Desde luego, no diré nada en mi periódico de lo que he visto y oído. Pero —pidió—, ¿le importaría que la llame de vez en cuando para saber las novedades que hayan podido producirse?

—Por supuesto —sonrió ella—. Siempre que quiera.

* * *

El doctor Matson miró al joven por encima de sus gafas de gruesa montura negra, con expresión un tanto enojada. En tono enfático, aseguró:

—El profesor Dahlgren murió de lo que en términos vulgares se acostumbra a llamar un ataque al corazón. Excúseme si no entro en detalles más precisos para describir, en términos médicos, la fulminante enfermedad que le causó la muerte, pero es que creo que con esas palabras está todo dicho. Ataque cardíaco y no se hable más.

—Perdón, doctor —insistió Jerry—; tengo informaciones, de muy buena fuente, que afirman que el electrocardiograma que le había sido practicado tres semanas antes de su defunción, no había mostrado la menor señal de alteración en su víscera cardíaca.

¿Puede un hombre, en ese corto espacio de tiempo, sufrir tal alteración en las condiciones patológicas de su corazón, que muera de un modo tan fulminante, por fallo de dicha víscera?

—Es obvio que no —respondió el doctor Matson—, aunque en determinadas circunstancias ambientales, producidas de un modo súbito y totalmente inesperado, un gran susto, un terrible acceso de miedo, el corazón puede llegar a pararse y producir, por tanto, la muerte del sujeto. Estos casos por fortuna, no son muy frecuentes, señor Ulton; el que fallece víctima de un ataque al corazón, es porque padecía ya una enfermedad con anterioridad.

—Sin embargo esa circunstancia no se daba en el profesor Dahlgren, doctor.

El forense pareció enojarse de nuevo.

—Parece como si quisiera usted poner en duda mi capacidad profesional, señor Ulton —dijo un tanto envarado.

—Líbreme Dios de ello, doctor. Lo único que deseaba era cerciorarme de que ésa y no otra fue la causa de la muerte del profesor —manifestó Jerry.

—¿Y por qué había de morir de otra enfermedad? —preguntó Matson, sumamente intrigado.

—Veneno.

Los ojos del forense centellearon.

—Tonterías, jovencito —dijo—. Las vísceras del extinto no mostraban el menor rastro de sustancia tóxica alguna.

—Hay venenos que matan sin dejar el menor rastro en el organismo.

Hubo una corta pausa de silencio.

—Ustedes, los periodistas —dijo el médico al final—, siempre están buscándole tres pies al gato. Si piensa que la muerte del profesor Dahlgren no fue accidental, recurra a la policía. En lo que a mí concierne, puedo afirmarle que tengo la conciencia muy limpia. Y ahora, señor Ulton, habrá de dispensarme; tengo mucho trabajo.

* * *

El comisario Eastle había dirigido las diligencias derivadas de la muerte del profesor en plena vía pública. Era un hombre de

mediana estatura, grueso y de plácido aspecto, que, quizá por un poco de «posse», fumaba en una vieja cachimba de madera de cerezo.

—No tengo la menor idea de la cartera de que me está hablando, Jerry —contestó—. Cuando yo llegué al lugar donde yacía el cuerpo del profesor, no vi nada.

—Pero usted acudió, me imagino, porque fue avisado por algún coche de patrulla.

—En efecto, así fue —admitió el policía—. Coche número 77—S, con dos agentes, Truther y Brossing.

—¿Fueron ellos quienes descubrieron el cuerpo del profesor?

—No —Eastle hojeó unos papeles—. Un tal Tomás Perabán, que vive a corta distancia de aquel lugar. Calle 307, Norte, número 6557. Él fue quien avisó a la patrulla.

—¿Podría hablar con los agentes que ocupaban el automóvil policial aquella noche? —preguntó Jerry, después de haber tomado nota en su agenda de los datos que le había facilitado el citado policía.

—Ya lo creo; ahora mismo haré que los llamen —accedió Eastle amablemente.

Truther acudió a poco.

—Cuando llegamos allí, no vimos la cartera que usted asegura llevaba el profesor —manifestó en tono que no admitía dudas.

Brossing estaba de servicio en un coche. Jerry habló con él por radio.

El agente se mostró de completo acuerdo con su compañero Truther. No, no habían encontrado la cartera... era la primera noticia que tenía acerca del portafolios negro con cantoneras y cerradura doradas.

Jerry se despidió del comisario y le dio las gracias. Salió a la calle y montó en su automóvil.

* * *

El número 6557 de la calle 307 Norte era una casita de una sola planta, rodeada de un pequeño jardincito, no demasiado bien cuidado, a juzgar por lo que podía apreciarse al primer golpe de vista. La casa se hallaba ya en las afueras de la ciudad y sólo

faltaban tres o cuatro edificios similares para que diera comienzo el campo abierto.

Jerry levantó la aldabilla de la pequeña puerta que cerraba el paso al jardincito y avanzó a través del sendero central hasta la puerta de la casa, resguardada por una pequeña marquesina de mampostería, sostenida por dos columnas. Vio el timbre de la puerta y apoyó su dedo índice en el botón.

Esperó cosa de un minuto. Al ver que nadie le respondía, llamó de nuevo. Entonces oyó una voz a su izquierda.

—¿Busca al inquilino de esa casa?

Volvió la cabeza. Junto a la valla de separación del jardín del edificio contiguo, había un hombre de mediana edad, entretenido, al parecer, en trabajos de jardinería, el cual le contemplaba con curiosidad.

—Así es, en efecto —respondió el joven—. Tomás Perabán, se llama, según tengo entendido.

El individuo hizo un gesto con la mano.

—Ya no vive ahí. Se mudó hace varios días.

Jerry no pudo contener un respingo.

—¿Se mudó?

El otro contestó:

—Así es. Dijo que la casa quedaba muy lejos de su lugar de trabajo y que para él resultaba una incomodidad perder dos horas al día en ir y venir. Añadió que había encontrado un apartamiento en el centro...

—¿Le dio su nueva dirección? —inquirió el joven.

—No. Era un hombre muy raro y poco comunicativo —contestó el sujeto—. Además, no sé para qué diablos se vino a vivir aquí, si antes del mes se ha mudado, una tontería, ¿no le parece?

Jerry asintió en silencio. No era tanta tontería como el vecino estaba creyendo, pero claro que no podía decírselo.

En aquel momento, adquirió la convicción de que Perabán tenía algo que ver con la muerte del profesor. Había avisado a la patrulla, pero cuando los policías llegaron, ya no estaba la cartera.

¿Había pasado a manos de Perabán?

—Ha sido usted muy amable —saludó cortésmente—. Gracias.

Una vez fuera del jardín, se detuvo un momento. La calle era ancha, tranquila; por las noches, su iluminación era deficiente. Pero

¿por qué había aparecido el cuerpo del profesor en aquel lugar?

Reflexionó unos instantes. Dahlgren había tomado un taxi, de ello estaba él bien seguro, por haberle visto salir del lugar de la conferencia ¿Acaso el taxista era también cómplice de los asesinos?

De repente, se dio cuenta de un detalle que se le había pasado inadvertido hasta aquellos momentos. ¡Amathyst Dahlgren vivía a menos de cincuenta metros del lugar en que se hallaba, en la calle transversal más cercana!

CAPÍTULO IV

Amathyst Dahlgren se había quitado las ropas de luto. Ahora vestía una blusa de color crema y unos pantalones azul oscuro, que prestaban un gran encanto a su esbelta figura. Sus cabellos castaños le caían sueltos por encima de los hombros y su rostro había recobrado buena parte del color perdido en los últimos tiempos. Sonrió al ver al joven.

—No le esperaba tan pronto, señor Ulton —dijo.

—Realmente, tampoco yo pensaba venir a los dos días de mi visita. Pero han sido las circunstancias las que me han forzado a ello.

Amathyst enarcó las cejas, con gesto de extrañeza. Luego dijo:

—Será mejor que pase, señor Ulton. La casa ha recobrado ya su aspecto normal. ¿Querrá una taza de café?

—Muy amable —aceptó él.

Amathyst le condujo al saloncito, en el cual habían sido ya reparados los desperfectos ocasionados por los visitantes. Se excusó delante del joven y se dirigió a la cocina, de la que volvió a poco con dos tazas, una jarra de agua caliente, el azucarero y un tubo de comprimidos de café instantáneo. Puso uno de éstos en cada taza, vertió agua caliente y luego ofreció a Jerry el azucarero.

No hablaron hasta después de haber tomado la primera taza de café.

Entonces, Jerry dijo:

—He hablado con el forense, con el comisario que dirigió la investigación y con los agentes que hallaron el cuerpo de su padre.

El rostro de Amathyst sufrió una ligera contracción.

—¿Y bien? —dijo, procurando dar a su voz una entonación natural.

—Según parece, el fallecimiento se debe a causas naturales —siguió él. Vio que Amathyst se disponía a protestar y levantó la mano—. Por favor, deje que siga hablando, señorita Dahlgren. Creo que, por el momento, más que las causas de la muerte en sí, deben interesarnos los autores de la misma.

—Es cierto —concordó ella con voz apagada.

—Pues bien, haciendo indagaciones en busca de la cartera, que no ha aparecido ni, hasta el momento, se tiene el menor rastro de ella, he dado con una pista que tal vez pueda resultar muy interesante.

—Explíquese, se lo ruego —pidió la muchacha con ansiedad.

—Hablemos primero de una cosa, señorita Dahlgren. Aquella noche, su padre vino a casa en taxi.

—Cierto. Yo tenía que visitar a una amiga y él me dejó su coche. Dijo que tomaría un taxi y que no me preocupara de él.

—Su cuerpo apareció cerca del cruce de esta calle con la 307, que es la transversal. ¿Por qué no hizo que el taxi lo dejara en la puerta de la casa, como hubiera sido lógico?

—Casi siempre que volvía en taxi, lo mandaba detener a uno o dos kilómetros y cubría a pie el resto de la distancia. Era el único momento en que podía hacer algo de ejercicio, me decía.

—Lo que significa que los supuestos asesinos conocían bien sus costumbres.

—Es preciso convenir en ello, señor Ulton —.admitió la muchacha.

—De modo que, cuando llegó a las inmediaciones de su casa, en un lugar solitario y desierto a tales horas y, además, mal iluminado, el o los asesinos actuaron.

Los bellos ojos de Amathyst se nublaron.

—Así debió de ser —reconoció con voz un poco ronca.

—Y la cartera donde guardaba sus documentos y el emblema de la S.T.A. desaparecieron.

—Usted lo sabe tan bien como yo, señor Ulton.

El joven hizo un gesto de asentimiento.

—No hubiese venido hoy a visitarla a no ser por una extraña coincidencia, señorita Dahlgren. En las investigaciones que he ido

practicando llegué a enterarme de que los agentes de la patrulla 77 —S, los primeros que acudieron junto al cuerpo de su padre, fueron avisados por un tal Tomás Perabán, quien, al parecer, halló a su padre. Vine en busca de Perabán, con intención de preguntarle si había visto la cartera. Perabán vivía muy cerca de aquí, a cincuenta metros.

—¿Y ha hablado con él? —preguntó Amathyst, esperanzada.

Jerry movió la cabeza en gesto negativo.

—No —dijo—. Perabán abandonó la casa en que vivía a los dos días de la muerte de su padre. El vecino que me informó ignora su dirección.

Amathyst contempló fijamente al joven durante unos segundos.

—Así que usted sospecha que Perabán pudo ser el autor del asesinato.

—Por lo menos, estuvo relacionado con la muerte de su padre. Él podría habernos dicho, tal vez, alguna cosa sobre el portafolios. Pero ¿por qué esa ausencia tan repentina… que se hace doblemente sospechosa, si se tiene en cuenta que sólo ocupó el domicilio recién abandonado durante menos de un mes?

—Eso da la sensación de que Perabán alquiló la casa, en espera de la oportunidad para actuar.

—Ni más ni menos, señorita Dahlgren.

De súbito, Amathyst se puso en pie y empezó a pasear, muy nerviosa y agitada, por la habitación. Jerry encendió un cigarrillo y aguardó en silencio a que la muchacha le dirigiera la palabra.

—Señor Ulton —manifestó ella de pronto, volviéndose hacia él —, es de todo punto preciso encontrar a Tomás Perabán cuanto antes.

—Eso mismo me disponía a hacer.

—¿Cómo piensa iniciar sus primeros pasos?

—Muy sencillo: averiguando el nombre del dueño o de la entidad propietaria de la casa que Perabán alquiló. Tendrán sus nuevas señas y…

—¡Es una magnífica idea! —aprobó Amathyst con calor—. Pero, por favor, le ruego una cosa, señor Ulton.

—¿Sí?

—No vaya a ver a Perabán sin antes haberme avisado. Quiero estar presente en la entrevista. Quizá lo que no obtengamos de

grado, podamos conseguirlo empleando uno de los métodos favoritos de la S.T.A.: el oro.

—¿Sobornarlo?

—Exactamente.

Hubo una corta pausa de silencio. Amathyst volvió a hablar:

—No puede decirse que sea rica, pero sí puedo perder unos miles en convencer a Perabán de que hable.

—Muy bien, de acuerdo. La avisaré apenas tenga alguna noticia. Y ahora…

Jerry se interrumpió de pronto. El carillón de la puerta acababa de sonar.

Los dos jóvenes se miraron a la cara. Amathyst parecía extrañada de recibir una visita que, según se veía, no esperaba en absoluto.

Jerry dio un salto hacia delante y miró a través de la ventana, separando las cortinillas que cubrían el cristal. Una exclamación de sorpresa se escapó de sus labios.

—¡Por vida de…!

—¿Quiénes son? ¿Los conoce usted? —preguntó Amathyst, que se había situado a su lado.

—A uno sí. El otro me resulta por completo desconocido… —el carillón volvió a sonar y Jerry exclamó—: convendría que no me vieran aquí junto a usted, señorita Dahlgren.

Ella comprendió en el acto las intenciones del joven. Le señaló una puerta.

—Métase ahí, es mi dormitorio. Yo recibiré a esos dos individuos y usted podrá escuchar lo que me digan, si le parece conveniente.

—¡Magnífico! —aprobó Jerry.

* * *

Simón Ling se presentó él primero y a continuación a su acompañante.

—Eric Irmin, un buen amigo mío, señorita Dahlgren.

Amathyst miró al otro visitante. Era un sujeto alto, hercúleo, de unos cuarenta y cinco años, pelo amarillo y ojos pálidos. Sus rasgos parecían tallados en granito y de todo él se desprendía un aire de dominio y autoritarismo que a la muchacha le desagradó de

inmediato.

Sin embargo, procuró mostrarse cortés y amable con sus visitantes.

—Siéntense, por favor —indicó el diván.

Ella lo hizo en una silla, rígida, con el busto erguido y las manos descansando sobre el regazo.

—El señor Irmin tiene que hacerle una proposición, señorita Dahlgren —anunció el periodista.

—En efecto —añadió el sujeto con voz que hizo vibrar los vidrios de las ventanas—. Y, puesto que las circunstancias nos lo permiten, entraré en materia sin más preámbulos.

—Desde luego —convino Amathyst en tono neutro.

—El asunto es el siguiente, señorita: su padre poseía unos documentos muy interesantes, reunidos a lo largo de años de paciente y tenaz labor. Nosotros, es decir, la sociedad científica a la cual represento, no deseamos que se pierdan dichos documentos, por lo que he sido comisionado para tratar con usted sobre su adquisición y términos económicos en que ésta ha de llevarse a cabo.

El esbelto seno de la muchacha se agitó a impulsos de la indignación que la había acometido. Sin embargo, una voz interior le dijo que debía conservar la calma a toda costa.

—Lo siento —contestó—. Temo que ese pacto no podrá tener lugar, señor Irmin.

—¿Por qué? —inquirió el sujeto.

—No los tengo.

Los ojos de Irmin centellearon.

—Nosotros... ¡ejem!, es decir, la sociedad a la cual represento, estaríamos dispuestos a pagar hasta un millón de mundólares, en un cheque certificado por el Primer Banco Planetario. La oferta es excelente, como puede comprender, señorita Dahlgren. Significa, nada menos, su independencia económica durante el resto de sus días. Bien colocada, esa fortuna podría rendirle un seis por ciento anual, es decir, cinco mil mundólares mensuales, diez veces el sueldo de un alto funcionario del gobierno.

—La oferta es magnífica, en efecto —admitió Amathyst, sin pestañear—. Lo que pasa es que no tengo los documentos que buscan. Me los robaron —mintió con deliberado descaro.

—¿Que se los... robaron? —exclamó Irmin, atónito.

—Así es. Hace dos días, al regresar de los funerales por el alma de mi padre, me encontré la casa revuelta y saqueada. Los ladrones la habían asaltado en mi ausencia, hallaron los documentos y se los llevaron.

—¡Eso es imposible! —barbotó Irmin—, ¡Los documentos no...!

Se interrumpió de repente, mordiéndose los labios, a la vez que enrojecía como una langosta cocida.

—Los documentos, no ¿qué, señor Irmin? —preguntó Amathyst, sonriendo dulcemente.

—Usted trata de contarme una fábula para sacarme más dinero —respondió el sujeto, en tono grosero.

Amathyst se puso en pie, con gesto brusco.

—Será mejor que se vayan de mi casa —les espetó en tono seco.

Simón Ling se puso también en pie.

—Por favor, señorita Dahlgren —suplicó—. Mi amigo no ha tratado de ofenderla...

—Pero ha dicho algo que me demuestra claramente que está en connivencia con los sujetos que asaltaron mi casa hace dos días —exclamó la joven, muy agitada—. ¿Cómo sabía él que los ladrones no encontraron los documentos? ¿Quién se lo ha dicho, sino los propios ladrones... en el supuesto de que él mismo no haya sido uno de ellos y, al no haber podido obtener por la fuerza lo que buscaba, trate ahora de emplear el dinero como argumento convincente? En efecto —agregó Amathyst con calor—, no tengo esos documentos, porque ignoro dónde los dejó mi padre, pero aunque los tuviera, no se los vendería ni por un billón de mundólares. Y ahora...

—Le daremos dos millones —exclamó Irmin con rabia—. En el acto, al contado.

—Si no salen de mi casa inmediatamente, llamaré a la policía —amenazó Amathyst.

—¿Y qué harían los policías? —preguntó Irmin, en tono burlón —. ¿De qué nos iba a acusar usted?

Amathyst se agarró la blusa con ambas manos.

—¿Qué le parece si me rasgo las ropas, me araño la cara y me despeino un poco? ¿A quién creerían entonces los policías?

Ling habló con agitación al oído de Irmin. Éste asintió; cualquier cosa era preferible, menos un escándalo que no podría beneficiarles

en nada.

—Volveremos a vernos —prometió, con tono avieso.

—Cada vez que se acerque a mí, chillaré diciendo que quiere atacarme, aunque sea en mitad de la calle —le aseguró Amathyst.

Los dos hombres huyeron a la carrera.

CAPÍTULO V

Con las facciones contraídas, Jerry Ulton salió de la estancia contigua. Amathyst le contempló en silencio, como esperando su aprobación a las acciones que acababa de realizar.

—Ese Simón —dijo el joven, al fin—. Estuvo a mi lado durante toda la conferencia que pronunció su padre y no cesó de burlarse de él. Jamás me hubiera imaginado que pudiera pertenecer a esa maldita S.T.A.

Ella sonrió con tristeza.

—Los tentáculos de esa organización, además de infinitos, son largos y alcanzan a todas partes —manifestó, en tono amargo—. El color amarillo de su cruz gamada es significativo: oro y mentira; con esas dos cosas, se alcanzan la mayor parte de los fines que no pueden lograrse por medios ordinarios.

—Pero usted no cederá, Amathyst —manifestó Jerry, acalorado —. Su padre murió asesinado; debe procurar que se haga justicia.

—Soy yo sola contra una organización de un poder fabuloso —dijo ella, en tono de desaliento—. ¿Qué puede hacer una persona aislada contra miles que disponen de todos los medios?

—No está sola —repuso Jerry con intención.

Ella sonrió.

—Le agradezco su ayuda, pero será mejor que lo deje, Jerry.

—No, espere —observó el joven con vehemencia—. Por muy poderosa que sea la organización, siempre debe de haber un medio para luchar con éxito contra ella. Es una fortaleza poderosísima, cierto; pero no hay fortaleza que no tenga su punto débil... ¡y el día en que lo hallemos, habremos dado el primer paso para derrotarles!

Amathyst sonrió a través de las lágrimas que humedecían sus bellas pupilas.

—Su fe es admirable, Jerry. Que Dios le bendiga y le ayude a

conseguir lo que mi padre no pudo.

—Gracias —contestó él. Tomó su mano suavemente—. ¿Sabe?, su truco para arrancar a Irmin que estaba en connivencia con los asaltantes estuvo muy bien ideado. La felicito, Amathyst.

—Se me ocurrió de repente —respondió ella—. En efecto, Irmin cayó en la trampa.

Jerry se pellizcó el labio inferior, con gesto preocupado.

—Tendré que averiguar quién es ese tipo y qué hace, Amathyst. Le prometo tenerla al corriente de mis indagaciones.

—Gracias, aunque espero que sabrá actuar con discreción y no cometerá ninguna grave imprudencia. Recuerde esto siempre: son muy poderosos y carecen de piedad.

—Pero tienen un punto débil. Todos lo tenemos, esto es obvio; ahora, la cuestión es hallarlo. Lo encontraré, no le quepa la menor duda —concluyó el, con voz resuelta.

Al salir de casa de la muchacha, se sentía bastante contento. ¿Acaso era, se preguntó, porque Amathyst le gustaba? Era una chica hermosa, no cabía la menor duda, pero más que hermosa, parecía buena y esto era, en su opinión, una de las principales cualidades que debía tener una mujer.

* * *

Al día siguiente, se dirigió a la Microfilmoteca de la ciudad.

Abonó el importe de la utilización de una de las proyectoras de microfilms. Entregó una moneda de cinco milésimos de mundólar y recibió a cambio una ficha y una tarjeta numerada.

La tarjeta le indicó el lugar donde estaba emplazada la proyectora que debía utilizar. Una escalera mecánica le llevó al séptimo piso en el que, guiado por las indicaciones de la tarjeta, no tardó en hallar la proyectora.

Se sentó en la silla que había frente a la máquina. Introdujo la ficha en la ranura y en el acto se encendió un botón ámbar, que le indicó que el aparato se hallaba en condiciones de funcionamiento. Entonces, descolgó el micrófono que había a un costado del, aparato y dijo:

—Deseo conocer todo lo archivado referente a la cruz gamada.

Una luz verde destelló dos veces, signo de que sus palabras

habían sido captadas, analizadas y comprendidas por el cerebro electrónico de la máquina. Mientras los delicadísimos mecanismos del artefacto buscaban, en el lugar correspondiente, todo lo referente a la pregunta formulada, sacó un cigarrillo del bolsillo y se lo puso en los labios.

Estuvo fumando cosa de un par de minutos. Entonces, se encendió una pantalla luminosa delante de sus ojos, de un tamaño doble del de un libro corriente. Una serie de letras aparecieron ante sus ojos.

Gamada, Cruz. Es una cruz, los extremos de cuyas aspas se prolongan en sentido perpendicular a aquéllos, hasta alcanzar una longitud sensiblemente igual al de la mitad de la longitud total de las aspas. Las ramas perpendiculares a las aspas pueden prolongarse a la derecha o a la izquierda, en cuyo caso se dice que la cruz es dextrógira o levógira…

La pantalla se apagó de repente. Jerry frunció el ceño.

Aplastó el cigarrillo contra el cenicero adherido a uno de los costados de la máquina. Casi en el acto otra pantalla, ésta era mucho más pequeña que la anterior, de forma paralelepipédica y situada sobre la primera, brilló con intenso resplandor rojo. Un rótulo apareció en la pantalla.

Señal de avería. Lector, le rogamos excuse la avería. Sírvase pasar por dirección y recoger el importe de su frustrada lectura o solicitar una nueva ficha para reanudar la consulta tan inoportunamente interrumpida. Gracias.

—Al menos no se puede negar que son corteses —refunfuñó el joven.

Pero, de repente le asaltó una súbita sospecha.

¿Y si la avería no había sido casual?

De pronto, alguien le ofreció un cigarrillo. Volvió la cabeza, ligeramente asombrado.

—¿Fuma? —dijo un sujeto muy bien vestido, un poco mayor que él y de expresión amable y sonriente—. También mi lectora ha sufrido una avería, en el preciso momento en que estaba

consultando el capítulo de la política nacional alemana de los años treinta del pasado siglo.

—Muy amable —contestó el joven, tomando el cigarrillo que le ofrecían.

—Me llamo Egon Krollen —dijo el sujeto, que parecía ansioso de entablar relación con el joven.

—Jerry Ulton —el periodista dio su nombre y añadió—: Encantado, señor Krollen.

Empezó a hurgarse en los bolsillos buscando fósforos.

—No se moleste, señor Ulton —contestó Krollen sonriendo, a la vez que le ofrecía fuego con un encendedor de lujo.

Jerry aplicó el extremo del cigarrillo a la llama. De repente, se quedó rígido un instante, olvidándose de expulsar el humo que acababa de inhalar.

Egon Krollen tenía un anillo en la mano izquierda. Era una pieza gruesa, pesada, de gran tamaño y de color gris acero. En la parte del sello, en lugar de las iniciales, tenía un escudo de casi una pulgada de largo, en cuyo centro podía verse la cruz gamada amarilla sobre un disco rojo.

Le faltó la respiración y dejó escapar el humo, con objeto de llenarse los pulmones de aire otra vez.

Krollen guardó el mechero.

—Tendré que volver otro día a efectuar esa consulta —sonrió—. De todas formas, ha sido un placer conocerle, señor Ulton.

—El gusto ha sido mío —repuso el joven de un modo mecánico.

Krollen se marchó. Jerry estuvo a punto de seguirle, pero se refrenó, temeroso de cometer una imprudencia. Permaneció inmóvil durante unos momentos, mientras reflexionaba a marchas forzadas.

¿Había sido una coincidencia? ¿O Krollen había buscado el encuentro deliberadamente?

De pronto se le ocurrió una idea. Al principio la desechó, pero, poco a poco, la hipótesis fue afirmándose en su mente. La avería no había sido casual. Alguien la había provocado a propósito.

Y Krollen era un agente de la S.T.A. ¡Le vigilaban!

La brasa del cigarrillo le quemó los dedos. Asombrado, se dio cuenta de que había pasado un buen rato sumido en sus poco agradables meditaciones.

La S.T.A. era una realidad, no cabía la menor duda.

Terrible realidad, espantosa realidad.

La S.T.A. era un monstruo policéfalo, de millones de cabezas. «Ellos» disponían de todos los medios: dinero, poder, influencias, puestos elevados…

Y no eran más que dos para luchar contra una organización semejante.

—¿Abandonarían la lucha?

Sin saber por qué, sintió una especie de repugnancia a dejarse vencer de antemano. ¿No le había dicho a Amathyst Dahlgren que toda fortaleza tenia un punto flaco? La S.T.A. no podía escapar a la regla general.

Por tanto, sólo era necesario que lo hallasen y los derrotarían.

Los documentos del profesor Dahlgren, ¿no podrían ser, quizá, el punto débil de la fatídica organización?

Se habían mostrado muy interesados en recuperarlos. Pero, según había asegurado Amathyst, se hallaban escondidos en un lugar cuyo secreto se había llevado el profesor a la tumba. Si no encontraban los documentos, tendrían que buscar otro medio de ataque.

Encendió el tercer cigarrillo en pocos momentos. Puesto que vigilarle significaba, más o menos, que le buscaban, ¿por qué no empezar él a buscarles?

No se entretuvo más. Bajó a la dirección y pidió le devolvieran la moneda de cinco milésimos que había abonado por la lectura no efectuada. Al recibir el dinero, preguntó a la muchacha que le atendía:

—¿Puede usted decirme el domicilio de un lector que estaba en la máquina inmediata a la mía, señorita?

La joven se mostró reacia al principio pero cuando Jerry le enseñó su tarjeta de periodista del «Trumpet», accedió sin más objeciones. «Ésta no es de la S.T.A.», pensó en tanto anotaba la dirección de Krollen en su agenda. «Iré a verle y le diré que yo también me intereso por el tema que él quería estudiar. Así entraré en materia y…»

Media hora más tarde, detenía su coche al pie de un edificio cuya cima parecía perderse en el cielo.

Consultó de nuevo la dirección: Calle 300 Sur, número 4317, planta 201, apartamiento 5—D.

Saltó al suelo y arrojó una moneda en la ranura del parquímetro frente al cual había parado el vehículo. En efecto, el suelo descendió, ocultando el coche automáticamente en un subterráneo. Después, sólo tendría que presionar un resorte para que el automóvil le fuese devuelto o arrojar más monedas en el contador, si permanecía más tiempo del estipulado en el primer pago. Atravesó la acera, amplia, transitada por infinidad de personas y se metió en el edificio.

CAPÍTULO VI

La puerta del apartamento se abrió. La persona que apareció ante los ojos del joven no podía confundirse en modo alguno con Egon Krollen.

Tratábase de una muchacha de formas opulentas, de larga cabellera negra, ojos insinuantes y labios sensuales. Vestía un salto de cama que velaba un tanto sus abundantes gracias corporales, sin dejar de insinuarlas de un modo sumamente atractivo.

Sus dientes fulguraron al sonreírle con notable amabilidad.

—Usted dirá —murmuró con voz espesa, acariciadora, a la vez que apoyaba la mano en una de sus rotundas caderas.

—Perdone, señorita —dijo el joven, tratando de recuperarse de la sorpresa recibida—, tenía entendido que vive aquí un hombre llamado Egon Krollen.

La morena hizo aletear sus largas y frondosas pestañas.

—Sí, pero ahora no está en casa, señor...

—Ulton, Jerry Ulton —contestó él.

—Encantada, señor Ulton. Me llamo Nelly Manceaux y soy su prometida —al ver el gesto de sorpresa de Jerry, se apresuró a explicar—: Vamos a casarnos muy pronto y, como los alojamientos son tan escasos en la ciudad, vivo en el domicilio de Egon. Acompañada de mi madre, por supuesto, hasta el momento del matrimonio —añadió la morena.

—Entiendo, señorita Manceaux —contestó Jerry—. De todas formas, es usted muy amable. Volveré en otro momento, si no tiene inconveniente...

Una voz gruesa, aunque procedente de una garganta femenina,

le interrumpió en aquel preciso instante.

—¿Quién es, Nelly?

—¿Eres tú, mamá? —preguntó la exuberante morena de modo innecesario—. Se trata de un amigo de Egon, el señor Jerry Ulton.

Nelly se echó a un lado, sin dejar de sonreír de un modo que a Jerry le parecía bastante provocador. Tenía la seguridad de que, de haberse hallado Nelly sola en el apartamento, le habría invitado a pasar para ayudarla a combatir el aburrimiento un rato.

—¿Jerry Ulton, has dicho, hija mía?

Y en aquel momento, la madre de Nelly apareció ante los ojos del periodista.

Jerry trató de dominar la enorme sorpresa que sentía al reconocer a la madre de Nelly Manceaux. ¡Era la señora gorda que había escuchado la conferencia del padre de Amathyst obligada por la lluvia!

—Éste es el señor Ulton, mamá —dijo Nelly—. Señor Ulton, tengo el gusto de presentarle a mi madre.

El parecido fisonómico, aunque con unes veinticinco años de diferencia, era patente. Y la constitución corporal, también; un cuarto de siglo después, la que hoy era una sensual y opulenta belleza, se convertiría en un tonel de grasa como el que le tendía la mano en aquellos instantes.

—Encantado de conocerle, señor Ulton —dijo la obesa señora Manceaux—. ¿No quiere pasar un ratito y tomar una taza de té con nosotras, mientras viene Egon?

—No, muchas gracias, señora —sonrió Jerry—. Volveré en otro momento más oportuno cuando esté él. Díganle que he venido a visitarle y que ya hablaremos en mejor ocasión. Tampoco tenía gran prisa, ésta es la verdad.

Nelly suspiró y al hacerlo, se dilató su pecho.

—Como quiera, señor Ulton —dijo, sin dejar de sonreír.

—Mil gracias —respondió el joven. Saludó cortésmente—. He tenido mucho gusto en conocerlas. Señora, señorita…

Jerry salió a la calle, sumido en una tremenda perplejidad.

«Pero ¿es que todo el mundo pertenece a la S.T.A.?», se preguntó, casi exasperado. No acababa de comprender cómo no se había dado cuenta de la existencia de semejante organización hasta que acudió a informar de la conferencia del profesor Dahlgren.

La sensación de que estaba siendo rodeado, silenciosa e invisiblemente, por un pulpo da millones de tentáculos, se apoderó de su ánimo y le causó una gran depresión, de 1a que no logró salir ni aun esforzándose en recordar a la bella Amathyst Dahlgren.

* * *

Roger Silverstone miró a Jerry con desconfianza.

—No acostumbro a hacer lo que usted me pide, señor Ulton —dijo—. Por principio, no suelo informar a la gente de los domicilios de mis clientes, a menos que sea requerido en forma autorizada.

—Se trata tan sólo de un reportaje periodístico —Jerry sonrió al agente de fincas—. Tomás Perabán fue testigo presencial de un hecho y me interesa oír su relato de las circunstancias en que se produjo el suceso. Como puede ver, señor Silverstone, nada de particular. Claro que —añadió en tono ligero, casual—, si usted no me lo dice, tal vez sí quisiera decírselo al señor Coratti, director de mi periódico. Es una persona importante, de grandes influencias en la ciudad y...

Silverstone lanzó un bufido.

—Una vez me llamó especulador de terrenos en el «Trumpet» —gruñó—. Todavía no he podido olvidarlo.

—Estoy seguro de que Coratti le trataría con gran amabilidad si usted le pidiera algo —manifestó Jerry.

—Está bien, se lo diré. Tomás Perabán vive en la Gran Avenida, 8829, planta 187, apartamiento 30-F, Pero no le diga que yo le he facilitado los datos. Es un buen cliente y me ha traído también a otros olientes, ¿sabe?

Jerry anotó de prisa la dirección suministrada por Silverstone.

—Un millón de gracias —dijo, sonriendo.

Saludó con premura y abandonó la oficina del corredor de fincas

Se sentía un poco cansado. Todas las pesquisas debía llevarlas a cabo fuera de su trabajo habitual, que, en los últimos días, se había agrandado hasta el extremo que apenas si le había quedado tiempo para lo más indispensable. Había hablado un par de veces con Amathyst por visófono y a eso se habían reducido sus últimos contactos con la muchacha. Por fin, había podido encontrar unas horas libres y quería aprovecharlas para hablar con Tomás Perabán.

Y arrancarle, incluso por la fuerza, lo que había hecho con el portafolios del profesor.

Poco más tarde, se encontraba en la Gran Avenida, una vía urbana de dimensiones colosales, que atravesaba la ciudad en sentido diagonal, de sudoeste a nordeste. Detuvo el automóvil en las inmediaciones del domicilio de Perabán, lo guardo en el aparcamiento subterráneo mediante la operación consabida, y momentos después, el ascensor le conducía hasta el piso donde vivía el hombre a quien deseaba interrogar.

Buscó en el vasto corredor el apartamiento señalado con la cifra 30—F. Tocó el timbre largamente, sin respuesta.

Esperó unos momentos e insistió en la llamada. El silencio persistía al otro lado de la puerta. De repente, obedeciendo a una inspiración, asió el pomo y lo hizo girar.

La puerta no estaba cerrada con llave. Penetró en el apartamiento, sumido en una quietud que, sin saber por qué, se le antojó de mal agüero.

Cruzó el vestíbulo. En el umbral de la habitación siguiente se detuvo como si le hubiesen asestado un mazazo en pleno pecho. En seguida se explicó el silencio a sus llamadas.

Jamás había visto a Perabán, pero no le cupo la menor duda que el sujeto que yacía tendido en el suelo, con los miembros retorcidos en una trágica y, a la vez, grotesca postura, era el hombre a quien buscaba. Salvo la posición anormal, no se veían en su cuerpo otros síntomas de violencia, pero sí una rara expresión en su rostro.

Sus facciones, que reflejaban una edad cercana al medio siglo, mostraban una expresión de sorpresa, no de miedo o terror.

Sólo sorpresa.

El detalle hizo fruncir el ceño a Jerry. ¿Había conocido el difunto a su matador?

Iba a arrodillarse al lado del cadáver cuando, de pronto, oyó un leve ruido a sus espaldas.

Se volvió rápidamente. Un hombre, cuyo rostro aparecía desfigurado por unas grandes gafas negras y un pañuelo que le tapaba la boca, como si estuviese acatarrado, cruzaba el vestíbulo en dirección a la puerta, llevando un objeto negro en la mano, que el joven reconoció de inmediato.

¡El portafolios del profesor Dahlgren!

Un impulso irresistible le lanzó contra el fugitivo. Éste le vio venir y giró violentamente, aprestándose a rechazar el ataque del joven.

El portafolios golpeó a Jerry en un lado de la cara, haciéndole vacilar y perder la iniciativa de momento. El asesino no desaprovechó la inmejorable ocasión.

Su pie derecho golpeó con dureza el bajo vientre de Jerry. Éste dejó escapar una agónica interjección y se dobló hacia adelante.

Un segundo después, creyó que la cabeza le estallaba en mil pedazos. Después, el relámpago de la explosión que se había producido en su nuca, dejaba paso a unas tinieblas absolutas.

* * *

Amathyst Dahlgren puso el tubo del analgésico junto a la taza de café que había servido al joven, en cuyo rostro se manifestaba la decepción que sentía por el fracaso de su gestión.

—No se preocupe —La muchacha le sonrió para animarle—. Tómese un par de aspirinas. Le harán sentirse como nuevo dentro de unos minutos.

Jerry se frotó malhumorado el bulto que tenía en la nuca.

—¡Pensar que estuve a punto de echar el guante al asesino... y al portafolios de su padre y que me dejé cazar como un incauto! Le aseguro que estoy avergonzado de mi mismo, Amathyst.

—Usted hizo lo que pudo, Jerry —la muchacha se sentó frente a él, con las rodillas muy juntas y los codos apoyados en las mismas, ligeramente inclinada hacia delante, mirándole con afecto—. No se aumente el mal rato que ya ha pasado.

Jerry ingirió dos aspirinas y el café. Luego se reclinó sobre el respaldo del diván.

—No cabe la menor duda: esa organización existe y, además, es terriblemente poderosa. Me pregunto —añadió, pensativo—, por qué habrán matado a Tomás Perabán.

—Creo que no es muy difícil suponerlo —contestó ella.

Jerry la miró con súbito interés.

—¿Cuál es su hipótesis, Amathyst? —inquirió.

—Muy sencillo: Perabán quiso pasarse de listo, tratando de obtener un mayor precio por la cartera, después del concertado por

asesinar a mi padre.

—Y esos tipos —añadió él—, no consintiendo en la especie de chantaje a que Perabán pretendía someterles, ordenaron su muerte. Lo cual significa —añadió— que en la S.T.A. no se toleran desobediencias ni perniciosas faltas de disciplina que puedan resquebrajar la monolítica estructura de la organización.

—Exactamente —convino la muchacha—. Eso es lo que pasó, Jerry, ni más ni menos.

Jerry movió la cabeza. La aspirina empezaba a barrer el dolor.

—Tendré que volver a entrevistarme con Krollen. El tipo me enseñó su anillo a propósito, de esto no hay duda alguna. Pero ¿por qué lo hizo? Amathyst, ¿no cree usted que lo lógico habría sido no dar a entender de ninguna manera que es un miembro de la S.T.A.?

—Sí, eso parece lo correcto… pero contemplado desde nuestro particular punto de vista. Y hemos de ver las cosas desde el ángulo en que están situados los de la S.T.A.

Jerry trató de analizar durante unos segundos las palabras recién pronunciadas por Amathyst.

—¡Sí, eso es! —exclamó de pronto, haciendo chasquear los dedos. Miró a la muchacha con ojos brillantes—. Tiene usted razón, Amathyst. Sin necesidad de otras palabras, la S.T.A., por medio de su agente Krollen, quiso decirme esto o algo similar: «Mira, te vigilamos sin descanso. Sé buen chico, apártate de nuestro lado y deja que las cosas sigan como están. De lo contrario…» ¿No es cierto?

Ella movió la cabeza en gesto afirmativo.

—Ni más ni menos, Jerry.

El joven exclamó entonces:

—Entonces, mañana, en cuanto tenga ocasión, iré a ver a Krollen —la expresión del periodista se endureció de repente—. Y le aseguro que hablará, ya lo creo que hablará.

—¡Por favor! —exclamó con temor—. No incurra en algún grave delito, Jerry. Haga las cosas en debida forma, sin violencias… Ellos son muy poderosos…

—Lo sé… pero hemos de encontrar su punto flaco, Amathyst —prometió él con calurosa vehemencia.

Y se puso en pie, dispuesto a marcharse.

Pero entonces, Amathyst le hizo una sugerencia que cambió sus

propósitos de inmediato.

—¿Por qué no se queda a cenar, Jerry?

El joven la contempló durante unos segundos. A cada momento que pasaba, Amathyst le parecía más atractiva en todos los sentidos.

Sonrió:

—Con mucho gusto.

Ella se ruborizó un poco.

—A pesar de que ahora todo se expende en latas, me gusta cocinar de cuando en cuando. Espero que no ponga demasiadas críticas a mi labor, Jerry.

—Confío en sus dotes de cocinera para no tener que recurrir después al bicarbonato —contestó Jerry de magnífico humor, arrancando una deliciosa sonrisa que transformó el rostro de la muchacha.

Amathyst se encaminó a la cocina de inmediato. Mientras tanto, Jerry, para distraerse, conectó el televisor. En aquel instante estaban dando un aburrido noticiario.

Una de las informaciones, sin embargo, llamó su atención un poco más que el resto de las aburridas noticias.

El locutor dijo:

—«En estos tiempos no es muy corriente que un ciudadano compre una isla en medio del océano, pero hay quien ha tenido la ocasión de hacerlo y ha llevado a cabo la adquisición. Se trata del opulento hombre de negocios, Cyrus K. Salmder, que es dueño de la isla de la Columna. Quizá, para muchos de nuestros espectadores y oyentes, el nombre de la isla no les diga nada, pero hace unos treinta años, se produjo una erupción volcánica en el centro del océano Pacífico y...»

CAPÍTULO VII

Los proyectos del joven sufrieron al día siguiente un rudo golpe.

Ulysses Coratti le hizo acudir a su despacho apenas llegó a la redacción.

Coratti le entregó un sobre.

—Ahí tiene usted trescientos mundólares, más un talonario de vales para gastos imprevistos por cuenta del «Trumpet» y un pasaje

para Johannesburgo, en donde entrevistará al Presidente de Sudáfrica y obtendrá sus impresiones sobre el nuevo gobierno mundial que entrará en funciones el mes próximo. La entrevista está ya concertada, de modo que no habrá dificultad alguna en llegar al despacho presidencial.

Jerry, estupefacto, contempló a su director. Hasta entonces sólo había desempeñado en la redacción puestos un tanto secundarios; era más bien un informador general y su experiencia sobre la cosa política apenas era superior a la de un ciudadano medio. Había en el «Trumpet» otros periodistas de nota, que se habrían dejado arrancar con gusto una muela por conseguir ser enviados a Johannesburgo. ¿Por qué habían de enviarle a él, precisamente?

Casi de un modo mecánico, alargó la mano para tomar el sobre que le tendía Coratti. Entonces reparó en un detalle que empezó a disipar no pocas de las dudas que habían turbado su mente hasta entonces.

En el dedo anular del director del periódico había una señal, como la que deja un anillo que se ha llevado puesto durante mucho tiempo y que luego uno decide no llevar. La huella, por la parte del dorso de la mano, era ancha y tenía una forma inequívoca. ¿Cómo no se había dado cuenta antes?

En realidad, tampoco había frecuentado gran cosa el despacho de Coratti, pero ahora, después de la misión que acababan de encomendarle, las sospechas empezaron a tomar cuerpo.

Estaba claro que trataban de quitárselo de en medio.

Les estorbaba.

De pronto recordó una conversación sostenida con Coratti, cuando le rompió las cuartillas con la reseña sobre la conferencia del desgraciado profesor Dahlgren.

Coratti había leído la información, pero en ella no se hablaba para nada de detalles circunstanciales o de ambiente, ni siquiera de la asistencia del público.

«…Sólo asistieron tres docenas de personas, una señora gorda que se había refugiado allí a causa de la lluvia, su amigo Simón Ling y usted.»

¡Él no había hablado para nada de la señora —la futura suegra de Egon Krollen— ni de Ling!

Ling, su amigo y rival en la profesión, había estado en casa de

Amathyst Dahlgren con Irmin, el sujeto que pretendía pagarle un millón de mundólares por los documentos de su padre.

La concatenación de los hechos resultaba patente.

Ulysses Coratti era también un S.T.A.

Y, como una especie de amistosa —y dorada— advertencia, trataba de desembarazarse de él, enviándolo a Johannesburgo.

El color amarillo de la insignia: oro y mentira, para apoderarse de los espíritus. Lo empleaban con él.

Pensó todo esto en fracciones de segundo. Sonrió ampliamente, alargó el brazo y tomó el sobre, estrechando después la mano de gordezuelos dedos, como blandos gusanos, suaves, viscosos y cálidos, de Coratti.

—Es para mí un honor, director —manifestó—. Trataré de dejar en buen lugar el nombre del «Trumpet». Y a usted, por supuesto.

—No dudo que sabrá hacerlo; por eso le elegimos a usted —manifestó Coratti con sencillez.

Al abandonar el despacho, salió a la calle e hizo surgir su automóvil del aparcamiento subterráneo. Media hora después se hallaba en presencia de la muchacha.

Amathyst escuchó en silencio el relato del joven periodista.

—¿Cuáles son sus propósitos, Jerry? —preguntó, al terminar éste.

—Coratti es un S.T.A., no cabe la menor duda. ¿Fue el tipo que asesinó a Perabán y se llevó el portafolios de su padre? —contesto el joven—. Recuerdo que era muy corpulento, pero también Irmin lo es. Y Krollen, con un buen abrigo, podría pasar igualmente por un tipo recio y ancho. Hay una forma, por tanto, de averiguar qué es lo que sabe Coratti.

—¿Cómo, Jerry? —inquirió ella.

—Esta madrugada iré al despacho de Coratti y lo registraré. A esas horas, se encuentra vacío. Quizá encuentre algo que nos interese.

Una sombra de temor apareció en los lindos ojos de la muchacha.

—Por favor, Jerry, tenga mucho cuidado. No cometa una imprudencia de la que luego tenga que arrepentirse —suplicó.

Jerry tomó una de las manos de Amathyst y la miró a los ojos.

—Aunque sólo fuera por usted, procuraría seguir el consejo que

acaba de darme, Amathyst.

Ella se ruborizó intensamente, pero no dijo nada. Y, muy satisfecho, Jerry observó la repentina palpitación del pecho de Amathyst, lo que le hizo concebir fundadas esperanzas de que no le resultaba indiferente.

Pero no podrían pensar en un futuro feliz si antes no habían destruido la amenaza de la S.T.A.

Estuvo un buen rato conversando con la muchacha. Luego se despidió de ella.

Realizó algunas gestiones en la ciudad. Una de ellas fue la de procurarse por mediación de un conocido, de vida no demasiado limpia, una pistola silenciosa, accionada por un pequeño depósito de gas, que movía un potentísimo muelle, el cual lanzaba los proyectiles del arma, de un calibre cercano a los nueve milímetros, hasta cien metros de distancia. Al no tener el ánima rayada, los proyectiles disponían de unas pequeñas aletas estabilizadoras, a la manera de un diminuto cohete; y su aguzada punta les confería un poder de penetración suficiente para derribar a una persona de manera fulminante. Pagó una buena suma por el arma, casi cincuenta mundólares, pero no se arrepintió de la adquisición.

* * *

La actividad en el periódico había decaído muchísimo. Los primeros números estaban ya en la calle y casi todo el mundo se había retirado a sus casas, en especial los redactores e informadores. Prácticamente, sólo quedaban allí los elementos administrativos que cuidaban de la distribución y los encargados de la limpieza.

Jerry era lo bastante conocido como para que no le pusieran obstáculos a la entrada en el edificio. Tomó el ascensor y se hizo conducir al cuarto piso, donde estaban los despachos de los jefes de sección, ejecutivos y altos cargos del «Trumpet». La oficina de Coratti estaba también en aquella planta.

Atravesó los desiertos corredores sin detenerse. Llegó ante la puerta del despacho de Coratti y la abrió, cerrando a sus espaldas. Deteniéndose un momento, paseó la mirada por la vasta habitación, como si dudase por cuál de los rincones debía comenzar su registro.

Después de unos momentos de indecisión, dio un paso hacia adelante. Puesto que tenía que registrarlo todo, lo mismo daba empezar por un sitio que por otro.

Una hora más tarde, hubo de reconocer que sus esfuerzos habían resultado baldíos. Cansado, se sentó en el propio sillón de Coratti y abrió la caja de cigarrillos que el director tenía sobre la mesa. Encendió uno y dejó vagar su imaginación, rumiando el fracaso obtenido.

Durante unos momentos, permaneció quieto. Luego, lanzó un suspiro y se dijo que debía abandonar cuanto antes aquel despacho. Entonces, de un modo maquinal, divisó sobre la mesa la agenda de anotaciones de Coratti.

Recordó que no había examinado el contenido de la agenda y se dijo que tal vez resultaría útil leer algunas de las notas. Repasó las primeras hojas sin hallar nada de particular.

Eran simples notas de conversaciones sostenidas a través del visófono, recordatorios para gestiones que debían realizarse, asuntos, en fin, sin interés. De repente, su vista chocó con una línea en la que había escritas dos iniciales y unas cifras.

I.C. 27-5-10

Grabó en su mente aquel grupo de letras y cifras. Parecía como una cita que debía efectuarse el día veintisiete de mayo de dos mil diez... ¿en dónde? ¿Qué querían decir aquellas dos iniciales: I.C.?

Sus reflexiones se vieron interrumpidas de pronto por la repentina apertura de la puerta. Un hombre penetró en la estancia.

Era Coratti.

CAPÍTULO VIII

Coratti le miro con expresión que carecía de amistosidad.

—Me parece que ha faltado usted a su deber, Ulton —dijo en tono seco.

El joven se puso en pie, despacio.

—Según se mire —respondió en tono calmoso.

—A estas horas, tendría que hallarse ya en el aeródromo, para

tomar el cohete que parte hacia Johannesburgo dentro de quince minutos. Ya no llegará.

—Lo sé —audazmente, Jerry manifestó—: El Primer Ministro de Sudáfrica no pertenece a la S.T.A.

—No le entiendo — aseguró Coratti.

—Yo sí me entiendo y es suficiente —repuso sin inmutarse—. Usted, como Irmin, Krollen, la señora Manceaux y tantos otros, pertenecen a una terrible sociedad que trata de apoderarse de los resortes del gobierno mundial. Me refiero a esa sociedad que utiliza como símbolo la cruz gamada amarilla, sobre fondo negro y gris metal, la sociedad que trata de reducir a la humanidad a una inmensa cohorte de borregos, para su provecho y el de unos cuantos desalmados; una sociedad, en fin, que no vacila en recurrir al asesinato, con tal de conseguir sus turbios fines. Director Coratti —terminó el joven—, ¿dónde está su anillo con el escudo de la sociedad?

El rostro de Coratti sufrió de repente una transformación demoníaca. Su mano se movió con singular rapidez.

Jerry no le fue a la zaga. La pistola que había adquirido el día anterior brilló a la luz de las lámparas que alumbraban el despacho.

Coratti quería matarle. Era su propia vida la que defendía. Presionó el gatillo.

Se oyó un leve chasquido, con cierta entonación musical, apenas perceptible; sin embargo, un agujerito negro apareció en el anchuroso tórax de Coratti.

El director se tambaleó, al mismo tiempo que su cara expresaba el sufrimiento que sentía. La mano que sostenía la pistola con la cual había intentado matar al joven, cayó lacia a lo largo del costado derecho.

Un segundo después, las rodillas de Coratti se doblaban. Cayó de bruces sobre la alfombra, perneó un poco y luego se quedó quieto.

Jerry dio un salto hacia adelante, se arrodilló junto al caído y le tomó el pulso.

Coratti estaba muerto.

Su mano derecha aparecía extendida. En uno de los dedos, brillaba siniestramente el anillo con el escudo de la S.T.A.

Jerry tomó aire, tratando de recobrarse de la impresión recibida. A fin de cuentas, aunque había informado de muchos sucesos

violentos, la cosa resultaba distinta cuando se era protagonista de uno de dichos sucesos. De cualquier forma que se mirase y aunque hubiera sido en defensa propia, había cometido un homicidio.

Permaneció unos segundos arrodillado junto al cadáver. Luego, se guardó la pistola y sacó el anillo del dedo de Coratti, guardándolo en uno de sus bolsillos. Acto seguido, se incorporó y abandonó la estancia con sigilo.

Clareaba ya. Completamente turbado dejó el edificio. No sentía ningún remordimiento por lo que acababa de hacer, pero se daba cuenta de que, a los ojos de la sociedad, se había convertido en un criminal.

¿Qué ocurriría si le relacionaban con la muerte de Coratti y le detenían, acusándole del homicidio cometido? ¿Quién creería en sus protestas de inocencia?

Desconcertado, desanimado, sin saber adonde ir, optó por encaminarse a casa de Amathyst Dahlgren.

* * *

La muchacha se había levantado para recibirle. Envuelta en una bata de dormir, con los largos cabellos flotando sueltos por la espalda, escuchó sin pestañear el relato del suceso ocurrido apenas una hora antes.

Al terminar Jerry, dijo:

—Creo que lo mejor será que desayunemos antes de tomar una decisión. Es evidente que, apenas sea descubierto el cadáver de Coratti, los jefes de esa sociedad entrarán en acción. Pero, si no le vieron a usted, será difícil que le relacionen con su muerte, máxime cuando suponen que en estos momentos está en vuelo hacia Johannesburgo, ¿no es así?

Jerry asintió pesadamente. Ella sonrió, tratando de animarle; luego se retiró a la cocina, dejando solo a Jerry.

Volvió quince minutos después, con café, tostadas y los restantes ingredientes para un sólido desayuno.

—Ea, coma ahora y deseche sus preocupaciones —dijo sonriendo—. Después veremos lo que hemos de hacer. ¿Quiere escuchar un poco de música, mientras tanto?

Jerry asintió con sonrisa desvaída. No obstante, supo hacer

honor al desayuno. Al concluir y mientras fumaba un cigarrillo, preguntó:

—Amathyst, ¿no ha podido usted recordar nada que nos ponga sobre la pista del lugar donde su padre pudo esconder los documentos que tanto buscamos?

Ella dijo no con la cabeza.

—Lo siento, Jerry —manifestó en tono desanimado.

—Esta casa dispone de un pequeño jardín —sugirió él—. ¿Cree que pudo haberlos enterrado, para mayor seguridad?

—No podría afirmar una cosa u otra, Jerry. En todo caso, es preciso recordar que el jardín tiene casi trescientos metros cuadrados. Suponiendo que haya guardado los documentos en una caja metálica, impermeable y hermética, de unos cuarenta centímetros de largo, por treinta de ancho y veinte de grueso, más o menos, dimensiones necesarias a fin de contener cómodamente tales documentos, sería preciso practicar cuatro hoyos por metro cuadrado, lo cual daría mil doscientos hoyos. Una labor exhaustiva y acaso infructuosa.

Jerry se puso en pie, con el cigarrillo entre los labios. Miró a través de la ventana, guardando silencio durante unos momentos. Veía desde allí el jardín, sombreado por cuatro o cinco frondosos árboles de grueso tronco. Había numerosos arbustos y macizos de flores que, en la primavera, ofrecían un aspecto encantador. Realmente, si el profesor había enterrado los documentos en el jardín, se necesitaría una excavadora mecánica para hallarlos sin demasiada fatiga.

Pero ¿habían sido enterrados?

La música seguía sonando a sus espaldas. De repente, cesó para dar paso a un boletín de noticias.

El locutor anunció una catástrofe.

—«El cohete para Johannesburgo ha estallado en la estratosfera, sin que se sepan exactamente las causas. Los doscientos ochenta y siete pasajeros que viajaban a bordo, incluida la tripulación, han muerto instantáneamente...»

Jerry se volvió con rapidez hacia el aparato de radio. Sintió que las piernas le flaqueaban y debió sentarse de nuevo en el diván.

—¡Dios mío! —exclamó con voz sorda, contemplando el receptor—. Era el cohete que yo debía haber tomado.

Amathyst aparecía muy pálida. Su labio inferior temblaba a causa del temor.

—Esa gente no se detiene ante ningún delito, por execrable que sea —declaró, con voz ahogada por la indignación—. ¿Ha quedado ya convencido de una vez de cuáles son sus criminales intenciones, Jerry?

—¡A quién se lo dice usted! —exclamó él, amargado—. Yo tenía que haber estado a bordo de ese cohete. Ahora me doy cuenta de que no querían apartarme de su camino por medio de los honores y la riqueza, sino por otro medio más definitivo y silencioso.

—¡Y para eliminarle a usted, no vacilaron en dar muerte a casi trescientas personas! —exclamó Amathyst, con las mejillas arreboladas por la indignación,

Jerry se frotó la mandíbula.

—Ahora me creerán muerto, aunque no por mucho tiempo.

—¿Por qué?

—La revisión de pasajeros se hace de forma rutinaria antes de que embarquen en el cohete. Los empleados del aeródromo comprobarían que yo faltaba cuando despegaron y habrán comunicado que un pasajero, al menos, se salvó, por no haber llegado a tiempo. Entonces se darán cuenta de que su golpe les ha fallado y empezarán de nuevo.

—Tendrá que esconderse, Jerry —exclamó Amathyst con vehemencia—. Mi casa...

El periodista meneó la cabeza.

—Éste será el primer lugar al que acudan a investigar, Amathyst. Es más, vista su actitud, que ha pasado ya de las simples amenazas o el halago a los hechos, sangrientos, como lo prueba la muerte de Perabán y la destrucción del cohete, yo la aconsejaría que abandonase su domicilio durante tina temporada.

—¿Y adonde voy a ir? —preguntó ella, desanimada.

Hubo un momento de silencio. El locutor seguía desgranando monótonamente las informaciones de su noticiario.

De pronto, Jerry oyó algo que le hizo aguzar el oído al máximo.

—«Esta tarde, y en dirección a su nueva propiedad, el conocido millonario Cyrus K. Salmder, zarpará en su yate, con un grupo de amigos, rumbo a la isla de la Columna, de cuya adquisición dimos cuenta días atrás. El objeto del viaje, además de un crucero de

placer, es celebrar su cumpleaños el próximo día veintisiete del mes actual, en unión de sus amistades más íntimas, en dicha isla, que ha sido especialmente acondicionada para tal fin...»

—¡Dios mío! —exclamó el joven, sin poderse contener.

Su grito llamó la atención de Amathyst.

—¿Qué le sucede, Jerry?

La mano del joven señaló hacia el receptor de radio.

—¡La isla de la Columna! ¡El veintisiete de mayo! ¡Ahora comprendo el significado de la anotación en la agenda de Coratti!

—Explíquese, por favor —rogó ella, muy impaciente—. ¿De qué anotación habla usted?

—Cuando estuve registrando el despacho de Coratti, hojeé su agenda y vi una inscripción con dos letras y una cifra: I.C. 27—5—10. Entonces, por supuesto, no supe hallar el significado de dicha anotación, pero ahora, después de haber escuchado la radio, todo aparece muy claro. Coratti debía hallarse en la isla de la Columna el día veintisiete de este mes... ¡y es allí donde el Estado Mayor de la S.T.A. va a celebrar una importante reunión, aprovechando el pretexto del cumpleaños de Salmder!

Los ojos de Amathyst relampaguearon.

—Entonces tendríamos que estar presentes para ver si podemos escuchar los temas de la conversación, Jerry.

—Sí —el periodista se rascó la mejilla, con aire meditabundo—. Pero tropezamos con un pequeño inconveniente. La isla de la Columna se encuentra a casi trescientas millas al noroeste de las Hawai. ¿Cómo trasladarnos hasta allí?

Amathyst reflexionó unos momentos

—Bien, yo oreo que podríamos alquilar un helicóptero anfibio, ya sabe usted uno de esos aparatos voladores que sirven también para navegar por el agua.

—Un heliyate.

—Exactamente.

—Pero el alquiler costará muy caro —objetó él.

Amathyst sonrió.

—Dispongo de algún dinero, creo habérselo dicho ya. Y con tal de destruir a esa perversa organización y conseguir se haga justicia en la muerte de mi padre, no me importaría gastar hasta el último milésimo de mundólar,

—Muy bien. Entonces no se hable más. Hemos de empezar en seguida las gestiones para alquilar…

Ella le interrumpió.

—He de empezar, está mejor dicho, Jerry. Usted se quedará en casa, mientras yo busco el heliyate. No debemos correr el riesgo de que sea descubierto antes de tiempo.

—Pero, quedándome aquí, los de la S.T.A. pueden venir a buscarme —alegó él—. ¿No sería mejor —sugirió—, realizar las gestiones por visófono? Los contratos y el abono del importe pueden realizarse por medios televisuales, Amathyst; de este modo bastaría con acudir a recoger el heliyate una vez lo hubiésemos contratado.

—Tiene usted razón, lo haremos así. Espere, no se mueva de aquí.

Una hora más tarde, todo estaba listo. El heliyate que habían alquilado se encontraba en un campo de aviación situado a tres millas al S.O. de la ciudad y era propiedad de un individuo que se dedicaba a dicho negocio.

Dos horas más tarde, se remontaban por los aires, tomando el rumbo de la isla de la Columna.

CAPÍTULO IX

La isla de la Columna tenía sobradamente justificado el nombre que se le había dado.

Una erupción volcánica había levantado una montaña del fondo del mar. Durante meses enteros, treinta años antes, el Pacifico había hervido y burbujeado en aquel punto, en medio de espesas nubes de vapor de agua y de humo producido por los gases volcánicos. Al final, la cúspide de la montaña había quedado emergiendo fuera de la superficie del agua.

Las fuerzas plutónicas, de un poder fabuloso, infinitamente superior al de cualquier arma o herramienta que hubiera podido fabricar el hombre, habían eyectado al exterior un enorme monolito de basalto, de unos doscientos metros de altura por cincuenta o sesenta de ancho. Ésta era la principal rareza de la isla, el basalto, la roca volcánica producida en los albores de la formación del

planeta y que no se había visto surgir jamás hasta entonces. La Calzada de los Gigantes en Irlanda; la Gruta de Fingal, en la isla de Staffa, y tantas otras formaciones basálticas famosas, eran curiosidades geológicas de renombre, harto estudiadas por científicos de todas las épocas modernas. Pero ningún geólogo de aquella era había tenido la ocasión de presenciar, por así decirlo, el nacimiento de un descomunal monolito de tan colosales proporciones, con largas estrías que llegaban desde la cúspide a la base, situada a escasísimos metros sobre el nivel del mar.

De lejos, parecía que la columna de basalto, estriada como es peculiar en tales formaciones rocosas, surgiera directamente del mar. A poca distancia, se veía que estaba apoyada sobre una especie de plataforma casi plana por completo, como una bandeja de forma ovalada, de unos ciento cincuenta metros de largo por ochenta o noventa metros de ancho. Cuando había temporal, las olas barrían la superficie de la plataforma, de un suelo lleno de fragmentos de roca y en el que el tiempo transcurrido no había sido suficiente para convertir en arena aquellos trozos desprendidos de las estrías basálticas.

El enorme monolito parecía mucho más impresionante a la luz de la luna. Jerry y Amathyst habían partido con demasiada antelación, por lo que, a fin de pasar inadvertidos, se habían alejado nada menos que hasta Papeeté, donde habían dejado transcurrir unos cuantos días, simulando ser simples turistas en la hermosa isla tahitiana. La víspera del encuentro, al atardecer, habían emprendido el vuelo, acuatizando a una prudencial distancia de la isla.

Jerry manejaba los mandos del aparato, que podía navegar muy bien a una velocidad moderada sobre el mar. Poco a poco, fueron aproximándose a la isla, en la que las olas batían con suavidad las bajas orillas de la plataforma.

Navegaban con las luces apagadas, para evitar ser avistados antes de tiempo. De pronto. Amathyst le agarró por un brazo, a la vez que señalaba un punto con su mano.

—Ahí está el yate de Salmder, Jerry —murmuró en voz baja.

Jerry hizo girar la rueda del timón. El yate se veía anclado a corta distancia de la isla. Sus luces estaban apagadas, lo cual le dijo que todos sus ocupantes se encontraban entregados al descanso.

Durante unos momentos, se sintió presa de un lógico desconcierto. La fiesta sería al día siguiente, pero ¿por qué no se veía una sola luz en el casco de la embarcación? Sí, era cierto que la isla, según habían escuchado al locutor de radio, estaba acondicionada para la conmemoración, pero resultaba extraño que, debiendo celebrarse el festejo al día siguiente, no se divisará siquiera el resplandor de una sola lámpara, tanto en el yate como en la isla. Y teniendo en cuenta las especiales características de ésta, ¿en qué consistía dicho acondicionamiento?

El yate se balanceaba sobre las olas, que golpeaban sus costados con suaves chasquidos. En silencio, Jerry fue maniobrando hasta hallar la escala que permitía la subida a la embarcación.

Lanzó una amarra y la ató a un saliente. Luego abandonó la cabina y pasó a la pequeña cubierta anterior del heliyate. Amathyst le siguió de inmediato.

—Esto impresiona, Jerry —susurró ella a su oído.

Jerry asintió en silencio. Dio un salto y pasó a la escalera, ayudando luego a Amathyst a cruzar el espacio. El joven sacó la pistola y emprendió el ascenso sin causar el menor ruido.

El yate estaba por completo desierto, pudieron comprobarlo minutos más tarde. Sumidos en un profundo y lógico desconcierto, volvieron a la cubierta.

—¿Qué hacemos ahora? —cuchicheó la joven al oído de Jerry.

—Tenemos que explorar la isla, no nos queda otro remedio —contestó él en el mismo tono.

Amathyst dijo que sí con la cabeza. El yate se hallaba a unos cien metros de la costa; era evidente, pues, que Salmder y sus invitados se habían trasladado a la isla en alguno de los botes de la nave. Pero el aparato que les había transportado hasta allí, era de fondo plano y podía acercarse bien hasta la costa.

Jerry soltó las amarras y de nuevo puso en marcha el motor. Poco a poco, fueron ganando espacio, hasta que un leve roce les indicó que el fondo de la embarcación acababa de tocar tierra.

Divisaron dos botes con motor fuera borda a pocos pasos de distancia. Jerry saltó a tierra y amarró el heliyate a una gran roca que, a veces, era bañada por las olas. Amathyst le siguió casi de inmediato.

La enorme mole de la columna basáltica se alzaba a doscientos

cincuenta metros por encima de sus cabezas, pareciendo que iba a desplomarse sobre ellos en cualquier instante. Abrumaba con su inmensa pesadumbre y sus negras estrías que despedían pálidos reflejos al ser heridas por la luz de la luna.

—¿Dónde diablos habrán instalado el campamento para la fiesta? —preguntó el joven a media voz.

—Oiga —murmuró Amathyst—, ¿no estará hueca esa columna de basalto?

Jerry parpadeó. Hasta entonces no se le había ocurrido semejante posibilidad. Ciertamente, se dijo, debía haber ampliado sus conocimientos sobre la isla de Columna. Pero, obsesionado por la idea de alcanzar aquel lugar, apenas se había preocupado de adquirir otros datos que los indispensables sobre su situación geográfica.

—Es posible.—convino—. Y si hay hueco, habrá una entrada también. Vamos a buscarla.

Extendió su mano y cogió la de Amathyst. Cruzaron la pedregosa playa, viéndose obligados en más de una ocasión a realizar peligrosos equilibrios y, al fin, llegaron a la base de la gigantesca columna.

La luz de la luna era más que suficiente para poder ver el camino y, además, se habían habituado ya a aquél género de iluminación. Caminaron despacio, con grandes precauciones, tanto por no hacer ruido, como por evitar una caída de malas consecuencias. De todas formas, no podían emplear demasiado tiempo; a un diámetro de la columna de setenta u ochenta metros, correspondía una circunferencia externa de longitud no superior al cuarto de kilómetro.

Pasaron unos minutos. De pronto, oyeron unas voces a corta distancia del lugar en que se hallaban.

Eran dos hombres y sus pies hacían un ligero ruido en el suelo, lo cual les dijo que se acercaban a ellos. Temiendo ser descubiertos, Jerry buscó con la vista un sitio donde esconderse.

Tiró de la mano de Amathyst con brusquedad. Una larga hendedura vertical entre dos estrías basálticas fue suficiente para acogerles. Estrechó a Amathyst con fuerza contra su pecho sintiendo a través de la liviana tela del vestido de la muchacha, la turgente calidez de su pecho y el trémulo latir de su corazón.

Las voces de los dos individuos sonaron más cerca.

—Ese estúpido se llevó un buen chasco —dijo uno.

—¿Pues qué se creía? —contestó el otro—. Aquí no valen negativas; cuando a uno se le propone afiliarse a nuestra hermandad o lo hace o se le liquida.

—Es cierto. No podemos tener compasión con nadie que se oponga a nosotros.

—Los apartaremos de nuestro camino como simples pajas.

—Así será. Y, a propósito, ¿cuándo liquidamos al idiota?

—Más tarde, cuando se haya terminado la asamblea —el sujeto rió con fuerza—. Bonita fiesta de cumpleaños, ¿eh?

Sonó un risita sarcástica en contestación a la primera. De pronto, las siluetas de dos hombres aparecieron ante el campo visual del joven.

De repente, Jerry se dio cuenta de un detalle olvidado hasta aquel instante.

Los dos sujetos se dirigían hacia el yate, no importaban ahora los motivos que les llevaban a la embarcación. Tomarían uno de los botes y verían el heliyate amarrado a corta distancia. Entonces, sospecharían de la existencia de unos intrusos en la isla y darían la voz de alarma. Serían descubiertos y...

No podía consentirlo de ninguna manera o sus planes fracasarían miserablemente.

Sacó la pistola y encañonó por detrás a los sujetos.

—No se muevan —intimó, sin levantar demasiado la voz—. Están encañonados por una pistola. Si hacen un gesto sospechoso, tiraré a matar.

Los dos sujetos se quedaron quietos, paralizados por la sorpresa recibida.

—Levanten las manos sobre la cabeza —ordenó el joven.

Tenía intención de registrarles, desposeerles de sus armas, caso que las llevasen, y luego inmovilizarlos, a fin de que, de ningún modo, pudieran dar la voz de alarma.

Los dos hombres obedecieron. Pero, de súbito, uno de ellos giró en redondo con inusitada rapidez, a la vez que lanzaba una sonora exclamación de ira.

Jerry presionó el gatillo. El diminuto proyectil en forma de cohete alcanzó al individuo debajo de uno de los pómulos. El

chasquido del hueso al ser perforado se oyó con claridad.

El sujeto se derrumbó de golpe, con el cerebro atravesado por la bala. Acto seguido, Jerry tuvo que hacer frente al segando.

Esta vez, sin embargo, pudo abstenerse de disparar. El otro tipo no iba armado, al parecer, porque se abalanzó sobre él con las manos extendidas, dispuesto a aferrarse a su cuello. Jerry dio un paso lateral y luego bajó el arma con todas sus fuerzas, golpeando el cráneo de su adversario.

El hombre lanzó un gruñido y se desplomó al suelo, inconsciente. Sin perder un segundo, Jerry se agachó a su lado y empezó a rasgarle sus ropas en tiras, con las cuales improvisó una mordaza y unas ligaduras para las manos y los pies del individuo.

Cinco minutos después, se incorporaba, respirando profundamente. El rostro de Amathyst era una mancha de pálida blancura a la luz de la luna.

—Siento haber tenido que portarme como un pistolero, pero no me quedaba otro remedio —murmuró.

Ella le oprimió el brazo con suavidad.

—Sólo el que es hombre de veras toma la decisión más adecuada en cada circunstancia de la vida —dijo—. La vida de ese individuo, dados sus propósitos, no podía compararse con la suya, Jerry

—Gracias —sonrió él. Tomó su brazo y la empujó con leve presión—: Sigamos, Amathyst.

Continuaron su camino. Pocos metros más adelante, divisaron lo que parecía ser la boca de entrada a un túnel de no excesivas proporciones, unos cuatro o cinco metros de altura por tres de anchura.

El suelo era allí más liso y de pendiente inclinada hacia abaje. Caminaron despacio, tanteando los muros con las manos, ya que la luz de la luna no era suficiente para disipar las tinieblas del interior de la oquedad.

Diez o doce metros más adelante, observaron un pálido resplandor, cuya intensidad fue haciéndose mayor a medida que ganaban terreno. El túnel se curvó de pronto en ángulo casi recto y, al doblarlo, la iluminación se hizo mayor.

Cinco metros más adelante, se detuvieron, estupefactos ante el inenarrable espectáculo que se ofrecía ante sus ojos.

CAPÍTULO X

En el interior de la enorme columna basáltica había una vasta oquedad, cuya altura apenas podía calcularse, ya que se perdía en la penumbra. Su anchura era de unos cuarenta metros y, al tener una sección aproximadamente ovalada, su longitud era algo mayor.

EI fondo de la oquedad estaba situado bastante más bajo que el de la entrada y tenía forma cónica, como la de un anfiteatro, el diseño propio de la chimenea de un volcán apagado. Había media docena de potentes focos portátiles, alimentados por baterías, los cuales procuraban un resplandor más que suficiente para divisar los menores detalles del lugar.

Había allí hasta dos docenas de personas, sentadas o recostadas en las rocosas gradas del anfiteatro natural. Pertenecían a ambos sexos, aunque predominaban los varones. Con gran sorpresa suya, Jerry reconoció a la hermosa Nelly Manceaux, ataviada con unos ropajes destinados a resaltar los opulentos encantos de su figura. No le extrañó, en cambio, reconocer a su madre, quien escuchaba con atención a un individuo que peroraba con grandes ademanes y palabras de pomposa retórica. Irmin estaba allí también, cosa que le pareció lógica. Pero no así Egon Krollen.

Divisó también algunas personas que le eran conocidas por su fama en distintos campos de la inteligencia. Rosa Waldemar, la famosa estrella de TV tridimensional también era miembro de la S.T.A.

El orador le era desconocido. Mas por sus palabras, creyó en las manifestaciones del extinto Axel Dahlgren, por el monumental escudo amarillo, negro y gris acero que se hallaba a espaldas del orador, como un telón de fondo que presidiera la asamblea con su fúnebre decorado.

Repuestos de su asombro, escucharon durante unos momentos el discurso del individuo, quien se dedicó a explicar los fines de la asociación y los medios que debían emplear para conseguirlos. Algunas de sus manifestaciones dejaron a Jerry atónito por completo.

—Poco a poco —decía el sujeto—, estamos alcanzando los más altos puestos. No obstante, la lucha será todavía dura y penosa.

Pasarán, quizá, años enteros antes de que consigamos lo que tanto hemos deseado.

»Pero no debemos perder la paciencia. Somos descendientes de aquellos que construyeron las pirámides egipcias, de los arquitectos que levantaron los fabulosos monumentos mayas y aztecas, de los hombres que, miles de años atrás, conocieron el secreto de la astronáutica y viajaron a las estrellas, para importar conocimientos que luego la reacción y el oscurantismo hicieron desaparecer de la faz de nuestro planeta.

»Entonces, aquellos hombres que habían llegado a los más remotos confines de nuestra Galaxia, importaron también nuestro símbolo sagrado, el emblema que ha sobrevivido decenas de siglos a cualquier otra vicisitud. Estuvieron a punto de dominar la Tierra, pero les falló algo que hundió sus planes en la nada de la catástrofe.

»Quienes más cerca estuvieron de conseguir sus propósitos fueron los atlantes, los habitantes de la antigua Atlántida. Su civilización no podría compararse siquiera con la que hoy conocemos… pero no tenían medios de dominar las convulsiones geológicas de una corteza terrestre todavía no definitivamente asentada, y el continente sobre el que vivían se hundió en el océano.

»Nada de esto nos ocurrirá a nosotros —tronó el orador—. Estamos más cerca que nunca de la victoria, acercándonos al glorioso momento en que el planeta entero sea nuestro por completo. Pero, mientras tanto, es preciso luchar, luchar sin desmayo, y apartar de nuestro lado los obstáculos que puedan estorbar nuestro camino hasta la cima de la montaña donde nos espera la luz y la gloria del triunfo.

Una persona se levantó de pronto.

—¿Y qué hay de los documentos del profesor Dahlgren? Si se hicieran públicos, todos nuestros esfuerzos resultarían vanos. Dentro de unos años, la publicación de tales documentos no nos importaría en absoluto… en verdad, no se publicarían, ciertamente, ya quo nosotros nos cuidaríamos de impedirlo, pero en la actualidad no disponemos de tantos resortes de poder como quisiéramos para evitar que pueda producirse semejante contingencia.

—Creo que el hermano Eric Irmin puede responder a esa

pregunta —manifestó el orador.

Irmin se puso en pie.

—Los documentos no han sido encontrados —manifestó—. Confieso que en este asunto hemos sufrido un pequeño fracaso, aunque abrigo la esperanza de encontrarlos antes o después

— No sabe la hija del profesor dónde están? —preguntó otro.

—No. Al parecer, es sincera —repuso Irmin.

—Por lo visto, Dahlgren los escondió, no fiándose de nadie en absoluto.

—Eso opino yo.

—Bien, si nadie sabe dónde están no tenemos por qué preocuparnos —dijo el interrogador.

—Hasta cierto punto —habló Irmin—. Amathyst Dahlgren sigue viviendo y un día podría hallarlos, al recordar, quizás, algún detalle revelador que de momento le hubiera pasado por alto.

—Entonces, se la suprime y en paz.

Fue Nelly Manceaux la que habló. Su hermosura aparecía desfigurada por una expresión de ambición y odio.

—No es tan fácil como se cree —sonrió Irmin—. La cosa podría provocar un grave escándalo y, si hay algo de lo que debemos huir como de la peste, es precisamente de la publicidad.

—Se le ofreció un millón y lo rechazó. El dinero no nos falta. Que se le ofrezcan diez —exclamó la madre de Nelly—. Toda persona tiene su precio.

—Mi querida señora Manceaux —.dijo Irmin de buen humor—, hay personas para las cuales la dificultad consiste en resistir la oferta del primer millón. Diez más, no harían variar la opinión de la obstinada Amathyst Dahlgren.

—Hay muertes que parecen accidentes —apuntó Nelly con perversidad.

—Tendremos que estudiarlo —contestó muy serio Irmin.

—¿Y qué me dice del periodista? Se salvó del cohete y, estoy segura, fue también él quien mató al hermano Coratti. Es otro tipo peligroso.

—Cuando regresemos a la ciudad, nos las entenderemos con él. Rechazó el color amarillo; que se enfrente con el negro.

—Muy bien —el orador cerró la discusión—. Y ahora, resolvamos el problema que tenemos pendiente y cuya solución no

precisa de ser expuesta, ya que todos conocemos su urgencia. Me refiero, como es natural, a nuestro anfitrión.

—¿Qué es lo que vamos a hacer con él? —preguntó Rosa Waldemar.

El orador, en cuyo rostro creyó reconocer Jerry el de un alto funcionario gubernamental, sacó de repente un largo cuchillo.

—Echaremos a suertes. Uno de nosotros eliminará este molesto estorbo.

Hubo una pausa de silencio. Algunos de los concurrentes palidecieron.

Jerry adivinó lo que pensaban. Era muy distinto ordenar una muerte a tener que ejecutarla en persona y más por un medio tan directo como era el cuchillo.

El orador se dio cuenta del desasosiego que sus palabras habían provocado entre varios de los asistentes.

—Es preciso obedecer ciegamente —exclamó en tono conminatorio—. Todo el que entró a formar parte de nuestra hermandad, aceptó la obediencia absoluta a las reglas. Yo también entraré en el sorteo y, si la fortuna me señala con el dedo, ejecutaré al sentenciado.

—Está bien —gruñó uno—. ¿De qué forma se va a efectuar el sorteo?

Se produjo una animada discusión sobre dicho punto. Mientras tanto, Jerry se arriesgó a avanzar un par de pasos más.

Asomó la cabeza con suma cautela. A diez metros escasos de distancia, tendido en el suelo, se hallaba un hombre de mediana edad y regular complexión. Aunque estaba amordazado, Jerry le reconoció de inmediato.

Era Salmder, el millonario, quien, además, estaba atado de pies y manos.

Frunció el ceño. Era evidente que Salmder había caído incautamente en las redes que le habían tendido los componentes de la siniestra S.T.A., quienes, a fin de evitarse testigos comprometedores, pensaban eliminarlo sin piedad.

Miró a Amathyst. Los ojos de la muchacha expresaron en silencio lo que pensaba. Las intenciones de Amathyst eran análogas a las suyas.

Buscó con la vista un medio de llegar hasta Salmder y rescatarlo.

Pero se dio cuenta de que sería sorprendido antes de que pudiera escapar con él y más teniendo que cargárselo al hombro, dada su inmovilidad. Sería alcanzado sin remisión y tanto él como la muchacha correrían la misma y, seguramente, no muy favorable suerte.

Entonces divisó algo que le hizo concebir una idea repentina.

Los reflectores estaban alimentados por una batería común, de la que partían los distintos, cables que conducían la energía a las lámparas. La batería se hallaba situada a unos treinta metros de distancia, a la izquierda del orador.

Quizá valía la pena intentarlo, se dijo. Miró a la muchacha y le hizo señas de que permaneciera allí quieta.

Sacó la pistola y la apoyó en el antebrazo izquierdo, apuntando con todo cuidado hacia el lugar de donde arrancaba el conjunto de cables, de un mismo orificio de la caja de la batería. Contuvo la respiración y fue presionando el gatillo con suavidad. De pronto oyó un levísimo chasquido.

Una fracción de segundo después, el proyectil alcanzó su blanco .y provocó un cortocircuito. Empezaron a saltar chispas de la caja, a la vez que resonaban los estallidos característicos de tal género de averías. De pronto, brilló un relámpago mayor que los demás y, casi en el acto, las luces se apagaron, sumiendo a la oquedad en una absoluta oscuridad.

Sonaron gritos de alarma. Mientras tanto, Jerry avanzó con rapidez hacia el lugar donde se hallaba tendido el millonario y se arrodilló a su lado, en medio del escándalo que había producido el inesperado apagón y cuyas causas no podían descubrir los asistentes a la reunión.

—No tema —murmuró al oído de Salmder—, soy amigo.

Era imposible perder tiempo cortando las ligaduras del millonario, así que se lo cargó al hombro y echó a correr. En aquel momento, alguien encendió un fósforo y le vio.

—¡Cuidado! ¡Hay un intruso!

—¡Se llevan a Salmder! —chilló Nelly Manceaux.

Jerry corrió como un loco hacia el túnel. Al llegar a la entrada, se volvió.

Dos o tres individuos corrían en su persecución. Apretó el gatillo sin dudarlo, un par de veces.

La luz no era muy buena ya que procedía de un par de fósforos y otros tantos encendedores, sostenidos además por manos nerviosas. Pero fue suficiente para que Jerry pudiera tirar a las siluetas.

Sonaron gritos de dolor. Su resuelta actitud, hizo vacilar a los perseguidores.

CAPÍTULO XI

A pesar de todo, aún no podían considerarse a salvo, aun cuando ya se encontraran en el exterior. Había dos docenas de sujetos fanáticos, dispuestos a exterminarlos sin piedad si lograban apresarlos. Con el millonario a cuestas, Jerry corrió, seguido por la muchacha, mientras escuchaban a sus espaldas los gritos furiosos de sus perseguidores.

En un momento, llegaron al heliyate. Jerry depositó al millonario sobre la cubierta anterior y exclamó:

—Suéltalo, Amathyst.

—¿Qué es lo que vas a hacer, Jerry? —preguntó ella, viendo que el joven saltaba otra vez a tierra.

Se habían tuteado sin darse cuenta, dada la inminencia del peligro que les amenazaba.

El joven no contestó. Corrió hacia los botes del yate de Salmder y disparó repetidas veces contra sus fondos, abriendo en ellos varios orificios, por los que empezó a entrar el agua en seguida. Las embarcaciones ya no podrían ser utilizadas por los miembros de la S.T.A.

Cuando regresó al heliyate, Salmder tenía la boca libre. Amathyst estaba muy ocupada en desatarle las manos.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó el millonario.

—Ahora no hay tiempo —respondió Jerry—. Sigue, Amathyst

Saltó a la cabina y puso el motor en funcionamiento, dando marcha atrás. Ya se veían algunas siluetas humanas al pie del monolito, corriendo como locos hacia donde estaban los botes.

Sonrió duramente; se iban a llevar una buena sorpresa cuando viesen los fondos agujereados. Poco a poco, el heliyate fue apartándose de la orilla.

Entonces, Salmder y Amathyst pasaron a la cabina. El primero

preguntó:

—¿Cuáles son sus intenciones, amigo?

—Largarnos de aquí cuanto antes, por supuesto —contestó el joven.

—Pero les dejaremos los botes. Y mi yate.

—Los botes tienen el fondo agujereado. No podrán recorrer ni quinientos metros —respondió el joven—. Y en cuanto al yate...

Salmder le interrumpió de pronto.

—Está construido según los últimos adelantos náuticos y el funcionamiento de sus máquinas es por completo automático. Apenas si se necesitan un par de tripulantes para las tareas mínimas. Pero, en caso necesario, podría gobernarlo yo mismo sin ayuda de ninguna persona.

Unos gritos de rabia y de furor estallaron en la orilla en aquellos instantes. Jerry sonrió; los fanáticos de la S.T.A. acababan de descubrir las perforaciones en los fondos de los botes.

—¿Y bien señor Salmder?

—Lléveme al yate —dijo el millonario, con las facciones contraídas por la ira—. Todos eran mis amigos, o al menos, así lo creía yo. Me engañaron miserablemente y aun eso tendría poca importancia, de no haberme enterado qué clase de gente son. Deseo darles una lección que no olvidarán en toda su asquerosa vida.

—Muy bien —contestó el joven.

Y dirigió la navecilla hacia el costado del yate, donde estaba la escala que permitía la subida a la cubierta.

Salmder saltó a la escala con una agilidad impropia de sus años. Jerry y Amathyst le siguieron de inmediato. Salmder se volvió:

—Mejor será que uno de ustedes continúe en el heliyate. Este barco se va a hundir dentro de poco.

—¿Qué es lo que piensa hacer usted, señor Salmder? —preguntó el joven.

—Lo verán dentro de muy poco —contestó el millonario. Y echó a correr hacia el puente—. Espérenme en su heliyate.

Jerry vaciló un momento. Luego cogió a la muchacha por el brazo.

—Vamos —dijo

Descendieron a la nave y soltaron las amarras.

En aquel momento, el yate de Salmder se puso en movimiento.

—¿Qué es lo que pretende hacer? —exclamó la muchacha, bastante preocupada.

—No lo sé, no tengo la menor idea —respondió él.

En aquel instante, se oyeron un par de agudos gritos. Jerry esforzó la vista y pudo darse cuenta de que dos personas, que habían intentado embarcar en uno de los botes, habían tenido que lanzarse al agua de prisa, cuando vieron que la embarcación se sumergía. Jerry movió el timón y procuró seguir al yate de Salmder, aunque a buena distancia de la orilla, a fin de evitar que sus adversarios pudieran alcanzarles a nado.

Con gran asombro por su parte, vio que Salmder daba marcha atrás, retrocediendo a mar abierto. Procuró acompasar la marcha del heliyate a la de la embarcación, manteniéndose en todo momento a corta distancia.

Así se separaron de la costa casi dos millas. De pronto, el yate detuvo su movimiento de retroceso e invirtió el sentido de la marcha, lanzándose hacia adelante.

Salmder saltó al agua y gritó, llamando su atención. Jerry y Amathyst le ayudaron a izarse a bordo de la nave. El millonario lanzó una estridente advertencia:

—¡Es preciso escapar de aquí cuanto antes!

Jerry se fijó en el yate cuya proa hendía las aguas con mayor rapidez a cada segundo que transcurría. Entonces comprendió el sentido de la maniobra de Salmder. No la aprobó, aunque, en cierto modo, su acción después de lo ocurrido estaba justificada.

Luego dijo:

—Agárrense bien.

Y puso en marcha las turbinas rotatorias, que, en unos segundos, hicieron despegar al aparato de la superficie del océano.

Aceleró los motores, ganando altitud con gran rapidez. La estela que dejaba el yate de Salmder era claramente visible a la luz de la luna. La embarcación avanzaba ahora al máximo de su potencia y, por la dirección que llevaba, calculó que iría a estrellarse frente a la entrada de la oquedad del monolito.

Ganó altura y distancia rápidamente, aunque manteniéndose en todo momento a la vista de la isla. De repente, un sordo estruendo llegó a sus oídos.

El yate acababa de estrellarse contra la orilla, lanzado a casi

cuarenta nudos a la hora. De pronto, una tremenda puñalada de luz cárdena rasgó las tinieblas.

El fogonazo subió a gran altura, disipando la oscuridad en una vasta extensión. Segundos después, un profundo trueno llegó hasta los oídos de los pasajeros del heliyate.

—Han estallado los motores de mi barco —dijo Salmder con sombría satisfacción.

Amathyst se estremeció, helada de espanto, aunque no se atrevió a emitir una palabra. En su interior comprendía que lo que el millonario había hecho no era sino un acto de justicia.

Un sordo rugido se oyó de repente. Abajo, en la base del colosal monolito de basalto, algo hirvió y espumeó con lívida blancura.

—¿Qué es eso? —preguntó Salmder, extrañado.

Las llamas que consumían los restos del yate iluminaron la escena. No tardaron en comprender lo que sucedía.

La explosión había provocado una fractura del suelo de la base del monolito, por la cual habían irrumpido las aguas con devastadora rapidez, hasta inundar la cueva que había en el interior de la columna basáltica. De súbito, un tremendo chorro de vapor surgió afuera, silbando con agudísimos trémolos.

—¡Huyamos Jerry! —gritó Amathyst espantada.

El joven se alejó con gran rapidez. Los motores del heliyate eran completamente silenciosos y, merced a ello, podían escuchar los menores ruidos que se producían en la isla. Los chorros de vapor aumentaron de tamaño, al mismo tiempo que los silbidos agudizaban su tono que, pese a la distancia, se hacía insoportable.

Jerry comprendió lo sucedido. La explosión del yate había resquebrajado la débil envoltura de la isla, y el agua había penetrado a través de la grieta, alcanzando algún lugar en el interior, donde todavía quedaban materias incandescentes. Los chorros de vapor que veían eran el resultado del contacto del agua con la roca en fusión.

Una lanzada de fuego surgió de repente al exterior, envuelta en un estruendo espantoso. Desapareció un segundo, para reaparecer instantes después con mayor potencia luminosa, elevándose a gran altura.

Los ruidos resultaban ya ensordecedores, pese a la distancia, y las nubes de vapor se confundían con el humo, negro y espeso, que

brotaba de las entrañas de la tierra.

—Ha dado usted vida de nuevo al volcán, señor Salmder —dijo el joven, morbosamente fascinado por el espectáculo.

—Y esos miserables han pagado con la vida las canalladas que cometieron —contestó el millonario, con las facciones contraídas—. No volverán a elaborar estúpidos planes de gloria ni de dominio mundial.

Jerry lanzó un profundo suspiro. Las llamas subían cada vez a mayor altura. Puso proa hacia el continente y exclamó:

—Pero no hemos destruido la organización por completo, señor Salmder.

* * *

Hacía ya varios días que habían regresado.

Los periódicos habían dado la noticia de la reactivación del volcán de la isla de la Columna. También habían hablado largamente de la «providencial» salvación del millonario, rescatado por casualidad por una pareja que pasaba sus vacaciones navegando por aquellos parajes. El relato oficial había sido que Salmder se encontraba pescando, cuando se produjo la erupción del volcán que destruyó su yate y mató a todos sus invitados. Él, declaró a todos cuantos periodistas habían querido escucharle, había permanecido largas horas en el mar, asido al casco de su bote, volcado por una ola provocada por la explosión, hasta que fue recogido por la pareja que le había trasladado a lugar sano y salvo.

—Pero, aunque el golpe ha sido duro, todavía no hemos alcanzado el objetivo principal —exclamó Jerry, paseándose, muy nervioso, por el saloncito de la casa de Amathyst.

—¿Cuál es, en tu opinión? —inquirió ella, mientras preparaba el café.

—Encontrar el paquete de documentos de tu padre.

Amathyst le entregó una taza llena de café humeante.

—Suponte que no los hallamos —dijo.

—Es una posibilidad digna de tenerse en cuenta, en efecto —admitió él.

—Ahora hemos llegado a un punto donde ya no podemos detenernos, Jerry. Hubo un tiempo en que, tanto tú como yo,

pudimos habernos evitado una larga serie de disgustos y contratiempos, sólo con haber cedido a las proposiciones de esos malvados.

—Olvidas que a ti, quizá, habrían continuado molestándote, ya que no creían del todo que no supieras dónde guardó tu padre aquella documentación.

—Sí, es cierto, pero tarde o temprano, habrían terminado por dejarnos en paz.

—O matarte. Ya oíste a Nelly Manceaux.

—Por favor —dijo ella, haciendo un gesto de impaciencia—. Dejemos este asunto, eludamos consideraciones estériles que no van a ayudarnos en nada. Será mejor que ideemos algo para seguir adelante. Repito que ya no podemos detenernos. Todavía quedan muchos miembros de la S.T.A. y, lógicamente, no se van a creer la fábula de que todos cuantos se hallaban en la isla de la Columna, perecieron por accidente.

—Sí, es cierto. ¿Qué sugieres como futuro plan de acción?

—Tú lo mencionaste en cierta ocasión, Jerry: toda fortaleza tiene su punto débil...

En aquel momento, sonó el carillón de llamada.

CAPÍTULO XII

Era Cyrus K. Salmder.

El visitante entró, saludó a la pareja y aceptó complacido una taza de café. Después de tomar unos sorbos de la infusión, empezó a hablar, y lo hizo sin rodeos.

—Señorita Dahlgren, señor Ulton, estoy vivo gracias a ustedes dos, a su arrojo y decisión. Aquellos individuos, hombres y mujeres, se aprovecharon de mi amistad de forma canallesca. Es cierto que me propusieron ingresar en su organización, en la que, según ellos, me esperaban grandes honores y riquezas, amén de una preeminente posición para el futuro. Me negué a ello, porque no necesito para nada todo cuanto me propusieron y, además, porque aun antes de oír lo que ustedes también escucharon, empecé a imaginarme cuáles eran sus propósitos.

»No obstante —prosiguió Salmder—, nunca pude imaginarme

que sus intenciones fueran tan vastas y que la organización hubiera alcanzado una extensión de tantas proporciones. Por dicha razón, después de meditarlo bien, he decidido venir a verles para ofrecerles mi colaboración total y absoluta. Poseo dinero en abundancia, más del que necesito y podría gastar en toda mi vida, aunque empezase a arrojar los billetes de cien mundólares a razón de uno por minuto. Ese dinero —concluyó el millonario enfáticamente—, puede y debe ser empleado para una buena causa.

Hubo un momento de silencio. Salmder, impaciente, preguntó:

—Bien, ¿qué me contestan ustedes?

—Precisamente, en estos momentos estábamos hablando de este tema —respondió Jerry.

—¿Y...? —gruñó el millonario.

—Tratábamos de hallar un punto débil en la organización. Si la comparamos a una fortaleza, es preciso hallar ese punto flaco para asaltarla. Todavía no lo hemos encontrado, ésta es la verdad —confesó Jerry, un tanto desanimado.

Salmder se acarició la mandíbula. Miró a la muchacha y luego a Jerry.

—Un punto débil —repitió—. Sí, tiene usted razón, pero ¿cuál es ese punto débil?

—Estamos tratando de hallarlo —murmuró Amathyst con suave acento.

—¿No se les ocurre ninguna idea?

Jerry movió la cabeza a un lado y otro. El silencio descendió sobre la habitación.

De repente, Salmder extrajo algo de su bolsillo.

—No me importan los medios —manifestó—. Pero no quiero que ustedes se queden parados por falta de dinero. Voy a dejarles unos cuantos cheques en blanco; su cuenta será así ilimitada. Ellos tienen un color en su maldita insignia: el amarillo. Si saben usarlo pródigamente, ¿por qué nosotros no hemos de hacer lo mismo? Sobornen a quien mejor les parezca; ellos opinan que todos los hombres tienen su precio. Bien, de la misma manera, un hombre de la S.T.A. debe tener también su precio.

Jerry miró a la muchacha. La idea, para empezar, no era mala del todo.

—Puede ser el punto de partida —admitió.

—Ya lo creo —Salmder firmó todos los cheques del talonario y se lo entregó al joven—. Aquí tiene, amigo; cualquier banco le pagará la suma que usted escriba hasta veinticinco millones de mundólares, sin rechistar siquiera. Empleen el dinero como mejor les parezca; no he de pedirles cuentas de ninguna especie.

Salmder se despidió con tanta brusquedad como había llegado, dejándolos solos otra vez. Sumamente pensativo, Jerry se abanicó con el talonario de cheques.

—El color amarillo proviene del oro —murmuró.

—Y de la mentira —añadió Amathyst.

Jerry asintió en silencio. Oro y mentira.

En aquel momento, sin embargo, no se le ocurría cómo emplear ninguna de las dos cosas.

* * *

Se agitó en el lecho, revolviéndose inquieto.

Amarillo.

Oro.

Mentira.

Tres palabras que danzaban sin descanso en su mente, incluso cuando estaba dormido, impidiéndole un descanso efectivo.

Amarillo... Oro... Mentira...

Lanzó un gruñido. Estaba desvelado, no había que darle más vueltas.

Encendió la luz. Se puso un cigarrillo en la boca y arrimó al extremo la llama de un fósforo.

Las tres palabras se agitaban en su cerebro.

¿A quién podía comprar?

¿Quién se dejaría engañar?

Eran poderosos, eran astutos; ninguna de ambas cosas, la compra o el engaño, resultarían fáciles.

Terminó el cigarrillo, sin haber llegado a ninguna conclusión satisfactoria. Apagó la luz.

Pero no podía dormirse.

Al cabo de un rato, quiso encender otro cigarrillo. Desolado, advirtió que había consumido el último fósforo.

Buscó en el cajón de la mesilla de noche. Recordó que tenía allí

un encendedor eterno.

Presionó el resorte de encendido. Sólo se oyó un leve chasquido.

—Luego dirán que sirven para toda la vida —gruñó, arrojando a un rincón el inútil artefacto—. ¡Encendedor eterno, puah!

Sin saber por qué pensó en que la palabra «eterno» era tan sólo un ardid de la propaganda. Ciertamente, duraban más que los corrientes, pero también terminaban por inutilizarse.

Lo mismo que las cuchillas de afeitar que llevaban el adjetivo de «eternas». Duraban cincuenta o sesenta veces, hasta ciento, según las barbas; pero no eran «eternas».

Ni tampoco las lámparas de incandescencia o de luz fría. O una cosa tan simple como los calcetines. Duraban más, pero no eran objetos «eternos».

¿Por qué?

Muy sencillo, los fabricantes se habrían arruinado. Si, existían ciertas patentes para las cuchillas «auténticamente» eternas; las lámparas, los calcetines y mil objetos de uso diario... pero no se fabricaban.

¿Y aquel aditivo de desconocida composición química, diez centímetros cúbicos del cual, añadidos al agua del depósito de combustible de un coche, bastaban para sustituir la gasolina por completo y a un precio irrisorio, muy inferior al de un litro del citado carburante?

¿Por qué no se había hecho pública la fórmula del aditivo que convertía el agua pura en un poderoso combustible?

Las compañías petrolíferas se habrían arruinado; incluso naciones enteras hubieran visto su economía por los suelos. Había sido más fácil pagar una suma fabulosa al inventor del aditivo y enterrar bajo siete llaves el secreto de su fórmula.

Así sucedía con muchas patentes. Se inventaban muchas cosas eternas, que luego no veían la luz jamás.

—Pero ¿qué diablos tiene esto que ver con la S.T.A.? —exclamó en alta voz, irritado contra sí mismo por haberse desviado de su pensamiento primitivo.

Al fin, en un traje viejo logró encontrar una tira de fósforos. El humo del cigarrillo le supo a maravilla.

De repente se detuvo en el centro del dormitorio.

—¡Eureka! —gritó, alborozado—. ¡Lo hallé, lo hallé!

Y corrió hacia el visófono.

La pantalla tardó algo en iluminarse. Cuando se estableció el contacto al otro lado de la línea, Jerry vio el lindo rostro de Amathyst, en cuyas facciones se advertía con claridad que había sido despertada en lo mejor de su sueño.

—Amathyst —dijo muy excitado—, ¿recuerdas lo que exclamó Arquímedes cuando estaba en el baño?

Amathyst frunció el ceño en el primer momento.

—Jerry, ¿estás mal? —preguntó. Y casi en el acto, añadió, mientras sus ojos se iluminaban vivamente—: ¡Has hallado la solución!

—Así es —contestó él, satisfecho—. Y no puede fallarnos, te lo aseguro.

—Explícate, por favor, no me tengas sobre ascuas.

—Pues bien, te lo diré en dos palabras: ¿qué hay que hacer cuando una cosa está guardada a la curiosidad pública?

—Publicarla... pero si te refieres a la S.T.A. nadie te va a creer, Jerry —exclamó ella, desanimada.

El joven pensó un instante en aquellos inventos cuyas patentes permanecían celosamente guardadas en el más impenetrable secreto. También la S.T.A. se movía en secreto, pero no estaba amparada por ninguna patente; nadie podía comprar a sus miembros para impedirles que hicieran público lo que, precisamente, deseaban mantener oculto. Si todo el mundo lo sabía, el poderío de la S.T.A. se desharía corno una pompa de jabón pinchada con un alfiler y quedaría reducido a la nada.

—Es que yo no pienso hacerlo público de la forma que tú piensas querida —contestó—. Mis planes son muy distintos. Amathyst. Prepárate a trabajar... porque dentro de poco no vamos a tener tiempo ni para descansar.

* * *

El comisario Eastle miró con desagrado a la furiosa mujer que se sentaba frente a él.

La mujer blandía un papel en su mano derecha, agitándolo continuamente.

—Me llamo Marion Dussy, comisario, y vengo a reclamar de

usted la protección que las leyes conceden a todo ciudadano, contra las amenazas de los desalmados que intentan atentar contra su vida, su paz y la tranquilidad de su hogar. Estos granujas, comisario…

Eastle alargó la mano en dirección al papel escrito que la mujer agitaba sin cesar. Como la señora Dussy no se estaba quieta un momento, falló su intento.

—…y no contentos con amenazarme por teléfono, porque ni la cara se dejaron ver, me escribieron esta carta…

—¡Déme la carta, señora! —tronó Eastle, perdiendo al fin la paciencia.

La mujer, un tanto asustada por el grito del policía, le entregó el papel.

—A ver —gruñó Eastle—, su nombre y dirección.

—Marion Dussy, calle 199 Sur, 10.050, 87ª, 12—E.

Eastle anotó los datos al dorso de la carta que le había entregado la denunciante.

—Eso es todo, señora —dijo—. Puede retirarse; esté segura de que sabremos velar por la paz y la tranquilidad de su hogar.

—Así lo espero —manifestó la denunciante, marchándose con paso vivo del despacho—. De lo contrario, empezaré a pensar que los impuestos que pago van a parar al fondo del mar y…

Eastle lanzó un profundo suspiro de resignación. Marion Dussy era la enésima persona que venía a quejarse de haber recibido una carta semejante.

El comisario ya se sabía de memoria el contenido de la carta. A su izquierda tenía un paquete de misivas idénticas a la que le había entregado la agitada señora Dussy. El grosor del paquete superaba ya los diez centímetros. Y en todas las comisarías de la ciudad ocurría algo por el estilo, si no en mayor escala.

La carta tenía un membrete en el lado izquierdo, que consistía en un escudo de color gris acero, con un círculo negro en su centro y una svástica amarilla. El escudo, muy bien grabado, tenía casi diez centímetros de altura por seis o siete de ancho.

El contenido de la carta era el siguiente:

«Te invitamos a formar parte de nuestra Hermandad. Puedes ganar mucho; perder, nada en absoluto.

»¿Qué es lo que puedes ganar uniéndote a nosotros? Poder, fama,

gloria, riqueza; todo lo conseguirás si te conviertes en un hermano más. No es ninguna propaganda comercial, no tratamos de hacer prosélitos para una secta seudorreligiosa.

»Hazte hermano nuestro.

»El mundo será tuyo.

»No rechaces esta invitación.

»Porque, si lo haces, todos los males caerán sobre ti y los tuyos.

»¿Recuerdas la explosión del cohete estratosférico que se dirigía a Johannesburgo? ¿Te acuerdas de la misteriosa erupción de la isla de la Columna?

»Todos ellos habían rechazado nuestra oferta. Y murieron.

»No sigas su suerte, únete a nosotros.

»Ten paciencia y aguarda. Te escribiremos de nuevo. Entonces te diremos la forma más cómoda de convertirte en un hermano de la Sociedad de las Tres Armas.»

—¡Maldición! —gruñó el comisario cuando le anunciaron que otra persona venía a quejarse de haber recibido una carta semejante.

Después llegó un periodista. Jerry Ulton se sentó en un ángulo de la mesa y ofreció un cigarrillo al policía.

—Comisario, ¿qué diablos sucede que la ciudad está por completo alborotada? ¿Quién se entretiene en quitar el sueño a las gentes?

—Esto es una propaganda comercial orientada con mucha habilidad, pero con escaso o ningún sentido de la ética en tales negocios —refunfuñó Eastle.

—¿Usted cree? —preguntó Jerry. Tomó una carta y la ojeó con aparente desgana—. Aquí habla de un montón de muertes, comisario.

—¡Tonterías! —refunfuñó el policía—. El cohete explotó...

—Cosa rara, porque tales accidentes suceden muy raramente hoy día, comisario.

—Y las gentes que murieron en la isla de la Columna...

—Todas importantes, de renombre. Bueno, la mayoría. Gentes que habrían dado un gran prestigio a la Hermandad caso de haberse unido a ella —mintió Jerry con descaro.

Eastle miró al joven de hito en hito.

—Ah, pero ¿es que usted cree en semejante fábula?

Jerry arrojó el papel sobre la mesa y se puso en pie.

—Usted mencionó antes una cosa: falta de ética comercial. Yo le aseguro que no hay empresa, ni siquiera una funeraria, que propague sus productos, velada o abiertamente, apoyándose en dos sucesos que causaron más de trescientas muertes. Nadie compraría ese producto, ¿comprende?

Eastle asintió con gesto pensativo, emitiendo un gruñido ininteligible.

—En su lugar —añadió Jerry en tono insidioso—, yo empezaría a investigar. Con gran discreción al principio, por supuesto, porque ¿quién sabe lo que se pueden traer entre manos estos tipos de la circular amenazadora?

Cuando salió de la comisaría estaba seguro de haber sembrado la duda en el ánimo de Eastle.

CAPÍTULO XIII

Sonó el zumbador del visófono. Jerry dio la palanquita de contacto y, unos segundos más tarde, tenía ante su vista la imagen de Cyrus K. Salmder. .

—¡Le felicito, Jerry Ulton! —exclamó el millonario—. ¡Esto marcha, ya lo creo que marcha!

Jerry dejó escapar una sonrisa.

—Me alegro, señor Salmder —contestó.

—Ha tenido usted la mejor idea que podía habérsele ocurrido a nadie. ¿Sabe?, la gente está ya sobre ascuas y todo es preguntarse unos a otros si son hermanos ya de esa maldita sociedad. Pero le diré todavía más: ayer estuve cenando con un alto funcionario y me dijo que se va a practicar una segunda investigación y, por supuesto, más intensa y a fondo que la primera, acerca de la explosión del cohete de Johannesburgo.

—Ésa es una buena señal, señor Salmder.

—Aguarde, todavía no he parado de decirle cosas buenas. Estoy terminando de perfilar las condiciones de compra del «Trumpet». Es cuestión ya de un día o dos, nunca más de tres. Cuando el periódico sea mío, usted será su redactor jefe.

Jerry se quedó sin habla. La noticia era demasiado buena para no recibir una gran sorpresa. Y una enorme alegría, naturalmente.

Pero se le ocurrió que convendría no darse a conocer tan pronto.

.—Espere —dijo—, creo que es prematuro ofrecerme ese cargo. Hay que tener en cuenta que yo era sólo uno de tantos informadores, sin aptitudes especiales y, además, con relativo poco tiempo de servicio en el «Trumpet». Mis antiguos compañeros podrían recelar. No se extrañarían de mi readmisión, pero el nombramiento de redactor jefe provocaría demasiados comentarios.

—Tiene usted razón. De todas formas, hablaré al nuevo editor para que le ordene dirigir la campaña contra la S.T.A. Eso sí lo sabrá hacer usted, ¿no?

—Y con mucho gusto, desde luego, señor Salmder. Ah —exclamó Jerry de pronto—, tengo que darle las gracias por algo que hizo usted y que no había tenido ocasión de mencionarle todavía.

—¿Sí? ¿De qué se trata?

—Los dos guardaespaldas que contrató para la protección de Amathyst Dahlgren. Fue una buena medida, que a nosotros no se nos había ocurrido siquiera.

—Ustedes, los enamorados, tienen la cabeza demasiado metida en las nubes para pensar dónde ponen los pies en el suelo —rió el millonario un segundo antes de cortar la comunicación.

Jerry tocó la palanquita de cierre. Se quedó muy pensativo. ¡Enamorados!

«Pues, es verdad», se dijo de repente, como si acabase de descubrir el Mediterráneo. «Y el caso es que todavía no le he dicho nada a Amathyst ni ella me ha hablado tampoco nada al respecto.»

Pero ya hablarían del tema, estaba seguro.

* * *

¿Qué es la Hermandad de las Tres Armas? ¿Quiénes son esos seres que se permiten amenazar a las personas pacíficas que no desean doblegarse a dictados?

¿Se han investigado detenidamente ya las causas de la catástrofe del cohete de Johannesburgo? ¡¡¡La opinión pública pide luz en este turbio asunto!!!

Los titulares del «Trumpet» eran explosivos. Y el artículo que

seguía a continuación, obra de Jerry Ulton, estaba cargado de intención.

Después de extenderse en algunas consideraciones, acababa mencionando al padre de Amathyst.

«Hace meses, hubo alguien que denunció lo que podía pasar. Pero nadie le hizo caso. Me refiero al profesor Axel Dahlgren, quien, en un acto público, informó de la existencia y propósitos de esa organización. Da la casualidad que el profesor Dahlgren, quien jamás había padecido del corazón, murió una hora después de pronunciar su conferencia, de un ataque cardíaco...»

El artículo decía muchas cosas más, todas ellas relativas a la S.T.A.

Salmder llamó al joven y le dijo:

—No tiene desperdicio, Ulton. De haber sido yo periodista, eso es lo que habría escrito exactamente. El trueno se va a oír hasta en la Luna

Jerry rió satisfecho. Cuando terminó la comunicación, le anunciaron una visita.

Sus músculos se pusieron tensos al reconocer a Simón Ling.

Ling avanzó hasta alcanzar la mesa del joven, en uno de cuyos ángulos se sentó.

—Lo has conseguido —dijo, sin previo saludo.

Jerry entreabrió uno de los cajones de la mesa, donde tenía guardada la pistola de muelle.

—Celebro que pienses así, Simón. La verdad, me defraudaste. Siempre te tuve por una persona decente.

Ling encendió un cigarrillo, sin ofrecer al joven, y expulsó despacio una bocanada de humo.

—Cada uno tiene sus peculiares modos de pensar, Jerry.

—Ese es uno de los derechos indiscutibles de toda persona humana —contestó Jerry—. Pero los hechos que se deriven de tales pensamientos, no pueden ser nunca nocivos para los demás.

—Nuestras opiniones difieren. Para nosotros, tus hechos han sido los nocivos.

—Lo comprendo —dijo el joven rígidamente—. ¿Tienes algo más que decirme?

—Sí, una cosa tan sólo: te aseguro que te acordarás de la S.T.A.

—Si tratas de amenazarme, te diré que tus bravatas me dejan

frío.

Ling emitió una perversa sonrisa.

—Dentro de poco no dirás lo mismo Jerry, te lo aseguro.

De pronto, sonó un leve chasquido. Una hoja de papel, procedente de los teletipos, saltó a la mesa. Jerry la tomó y leyó su contenido.

Los equipos de investigación habían hallado, en un lugar de la selva amazónica, algunos fragmentos del cohete estratosférico que se dirigía a Johannesburgo. Los trozos de metal tenían rastros de nitrito, señal indudable de que se había empleado la dinamita para volar el aparato.

Jerry tendió la nota a Ling. Éste la leyó en silencio.

Al terminar; su rostro tenía el color de la ceniza.

—Estáis listos, Simón —dijo Jerry.

Una chispa de cólera apareció en los ojos de Ling.

—Te acordarás de nosotros —repitió en tono ominoso.

Y salió, pegando un tremendo portazo.

Al quedarse solo, Jerry reflexionó durante unos instantes. La amenaza era evidente. Y no sólo contra él.

Permaneció inmóvil durante unos momentos. Luego, de repente, se acordó de un detalle.

Con gesto resuelto, terminó de abrir el cajón de la mesa, sacó la pistola, cuya carga reviso a conciencia, y se la echó al bolsillo. Momentos después, abandonaba la redacción del periódico.

Había un miembro de la S.T.A. con el que no había hablado más que una sola vez. Y entendía que era preciso entrevistarse con él; era un sujeto que, a la fuerza, tenía que estar enterado de muchas cosas.

Egon Krollen.

CAPÍTULO XIV

A Jerry Ulton no le extraño en absoluto el recibimiento de que le hizo objeto Krollen.

Una pistola en la mano derecha.

Pero no una pistola corriente, ni siquiera parecida a la suya, sino otra que parecía un juguete por el tamaño. Jerry se preguntó qué

clase de proyectiles dispararía aquel arma. No iba a tardar mucho en saberlo.

—Se ha hecho esperar demasiado, señor Ulton —dijo Krollen, con el ceño fruncido.

—El trabajo, compréndalo.

Krollen movió la cabeza.

—Desde luego. Bien, pues aquí se ha terminado su trabajo.

Jerry preguntó:

—¿Piensa matarme?

—¿Lo duda acaso? —el rostro de Krollen se inflamó de repente—. ¡Mi prometida murió por su causa!

—Eso es algo que no deseo discutir en absoluto, Krollen —respondió el joven, impávido—. Mi opinión difiere por completo, pero... por favor, ¿qué clase de proyectiles dispara esa pistola?

—Son balas de un compuesto soluble en la sangre. El veneno de que están impregnadas no deja el menor rastro. Y la herida es tan pequeña que, como los médicos sospechan en seguida que se trata de un ataque cardíaco, y lo confirman después, no se preocuparan de examinar el resto del cuerpo.

—Y, a veces, ocurre también que el forense es un «hermano», ¿no es así? Por ejemplo, el doctor Matson.

—Sí, es cierto.

—Entonces —añadió Jerry—, ésa es la pistola con la cual Perabán liquidó al profesor. O una muy parecida, vamos. ¿Qué pasó después con Perabán? ¿Pedía dinero? ¿O un puesto más elevado en la Hermandad?

—Algo por el estilo. En todo caso, se salió de la disciplina.

—Y usted lo liquidó, Krollen.

—No fui yo, pero lo mismo da —Krollen inspiró con fuerza—. Usted morirá ahora. Y su chica no tardará mucho en seguirle.

Jerry procuró dominarse.

—Si no fuera porque se trata de matar a dos personas, podría decirse que su actitud parece la de un chiquillo con una rabieta.

—Tómelo como guste, Ulton. Y ahora...

—¡Espere! —gritó el joven—. Tengo que hacerle una pregunta.

Los ojos del individuo refulgieron a causa de la cólera.

Gruñó:

—Vamos, despache, pronto.

—¿Tiene usted el portafolios del profesor?

—Sí. ¿Y que? Los documentos que contenía no decían gran cosa. Perabán se equivocó al atribuirles una importancia superior a la que tienen en realidad.

—Pero ustedes, por si acaso, lo mataron.

—Ya le he dicho que quebrantó la disciplina. Tenía que haberlo entregado enseguida y no lo hizo.

—Bien —suspiró el joven—, creo que ya está dicho todo. ¿Me permite fumar un cigarrillo?

Empezó a hurgar por los bolsillos en busca de un fósforo, después de haberse puesto el pitillo entre los labios. De pronto, sus dedos rodearon la culata del arma.

Disparó a través de la tela del traje. Krollen lanzó un aullido de dolor al sentir en su costado el impacto del primer proyectil.

Giró en redondo y cayó arrodillado. La pistola que lanzaba mortales dardos venenosos se le escapó de la mano.

Alargó el brazo, tratando de recuperarla. Jerry sabía que su pistola podía herir y matar, pero la de Krollen sólo mataba, cualquiera que fuese la región del cuerpo humano que alcanzase uno de sus proyectiles.

No podía correr el menor riesgo. Así que apuntó con cuidado a la cabeza de Krollen.

El asesino pegó un salto convulsivo y luego cayó de costado, inmóvil para siempre.

Jerry respiró con fuerza. No era cosa agradable lo que había hecho, pero en aquellos momentos pensaba en el profesor. Y en su propia vida.

Guardó la pistola y se metió en la casa, empezando a registrar una por una todas las habitaciones.

Un cuarto de hora después encontraba la cartera.

Levantó la tapa y sacó todos los documentos que había en su interior. La bandera había desaparecido, pero esto no le importaba en absoluto.

Leyó los documentos rápidamente. No decían nada nuevo para él.

Suspiró. Si al menos supiese dónde estaban los otros documentos...

Era lo único que le faltaba para completar su obra. Cuando los

hubiese hallado, podría respirar con tranquilidad.

Y preguntar a Amathyst si quería casarse con él.

De pronto, descubrió una fotografía en el fondo de la cartera. Sacó la cartulina, de unos dieciocho por veinticuatro, y la examinó con atención.

Era una vista de la casa del profesor. Los colores habían sido registrados con toda fidelidad. Los cuatro o cinco árboles que había en torno al edificio prestaban un singular atractivo al paisaje.

De repente, advirtió un detalle.

Uno de los árboles tenía el color más desvaído que los restantes, como si en aquel punto se hubiese producido un ligero fallo de la emulsión fotográfica.

Frunció el ceño. La cosa no parecía lógica ni congruente, ya que el resto de la impresión se hallaba en perfecto estado.

Meditó unos segundos. Una súbita idea brilló en su mente.

¿No se trataría de una señal convenida, una especie de pista que el profesor, sabiéndose amenazado, aunque no lo había expresado ni a su propia hija, había querido dejar tras sí para que fueran hallados los documentos escondidos?

Parecía lógico que una persona tan ordenada como Dahlgren hubiese querido dejar un rastro semejante. Y, de todas formas, ¿por qué no probarlo?

«Tendré que cavar», suspiró. Un segundo más tarde, echaba a correr hacia la salida.

Montó en su coche y se dirigió a toda velocidad hacia la casa de Amathyst.

De súbito, cuando estaba a quinientos metros del edificio, un relámpago rojo de gran potencia rasgó la noche. Casi en el acto, llegó a sus oídos el trueno de una espantosa explosión.

La onda expansiva zarandeó su coche brutalmente. Pudo dominarlo de modo poco menos que milagroso, aunque se vio obligado a detenerse. No se sentía con fuerzas para seguir conduciendo.

Recordaba las palabras de Krollen.

Y su chica no tardará mucho en seguirle.

Un ahogado sollozo afloró a su garganta. Dejó el coche y se lanzó hacia delante a la carrera. Los gritos y los chillidos de susto se oían por todas partes.

Una sirena policial aulló a lo lejos. Cuando llegó a la casa, un terrible espectáculo se ofreció a sus ojos.

El edificio había sido destruido por completo, a causa de la tremenda potencia de la explosión. Todo lo que quedaba de ella era un montón de escombros. Los árboles del jardín aparecían con la mayor parte de las ramas arrancadas por la terrorífica violencia de la onda de concusión. Uno de ellos, incluso, había sido desarraigado en parte y yacía inclinado, apoyado sobre otro árbol, que había evitado la total caída del primero.

Crispó sus puños de rabia. ¡La S.T.A. se había vengado en lo que más amaba!

Un coche de la policía llegó y alumbró con sus faros el lugar de la escena. Uno de los agentes llamó por radio pidiendo refuerzos a la comisaría.

En aquel momento, Jerry creyó que soñaba. Una voz muy conocida pronunció a gritos su nombre.

Se volvió. Amathyst, seguida por sus dos guardaespaldas, corría hacia él, con los brazos extendidos.

—¡Amathyst! —gritó como un loco. No entendía qué había pasado, pero lo importante era que la muchacha estaba sana y salva —. ¿Dónde te has metido?

—Tenía ganas de dar un paseo —contestó ella, sin quejarse de la presión que los brazos del joven ejercían sobre su cintura—. Tanto tiempo encerrada en casa y...

Se calló, porque los labios del joven aplastaron los suyos con furiosa voracidad, como si Jerry quisiera desquitarse con aquel beso del mal rato que había pasado. Y ella no se quejó, antes al contrario, pasó sus brazos en torno al cuello del joven.

De repente, uno de los guardaespaldas de Amathyst lanzó un agudo grito.

Jerry y Amathyst volvieron la cabeza, sin deshacer el abrazo. El individuo corrió hacia el árbol desarraigado, se inclinó y extrajo un objeto del suelo.

Era una caja de metal, de forma oblonga, de unos cuarenta centímetros de largo, por treinta de ancho y quince de profundidad.

El joven gritó:

—Déme la caja, amigo.

Contempló el árbol en silencio; era el mismo que indicaba la

fotografía.

Un hombre se les acercó a grandes zancadas. Era el comisario Eastle.

—¡Vaya un desastre! —silbó el policía, al ver las ruinas del edificio.

—Ahora no creerá usted que la S.T.A. era una broma, comisario —manifestó el joven. Sonrió, a la vez que le entregaba la caja—: Tome esto; encontrará una serie de pruebas muy interesantes. Preveo que muchas personas, que ocupan cargos de importancia, van a recibir grandes sustos a partir de ahora. Ah, y le aseguro que en lo sucesivo ya no habrá más cartas amenazadoras, comisario.

Eastle sonrió ladinamente.

—Un buen truco, Ulton —aprobó.

Y en aquel momento, un policía se le acercó y murmuró algo a su oído.

Eastle escuchó con atención. Luego miró al joven.

—Venga conmigo, Ulton. No, la señorita no; que espere aquí.

Jerry siguió al policía. El patrullero guió a ambos hasta un lugar donde se veía un sangriento despojo: la mano de un hombre, arrancada al brazo por la fuerza de la explosión.

El agente alumbró la mano con una linterna eléctrica. Jerry hincó una rodilla en tierra y señaló el anillo con el sello fatídico que brillaba al recibir los rayos luminosos.

—El tipo que intentó asesinar a la señorita Dahlgren no debía entender mucho de explosivos —comentó—. Cuando tomen las huellas dactilares de esta mano —agregó—, estoy seguro de que pertenecían a un tal Simón Ling.

—El pobre quedó hecho polvo —comentó Eastle.

Jerry dirigió una última mirada al anillo.

—Sí —contestó, lanzando un gran suspiro—, ese fatídico emblema fue para él, como lo será para muchos y lo fue para otros, el signo de su fin.

Giró sobre sus talones y se encaminó en busca de Amathyst.

Sí, aquel fatídico emblema había sido la señal del fin. Pero, para él y para Amathyst, era la señal del principio.

FIN